

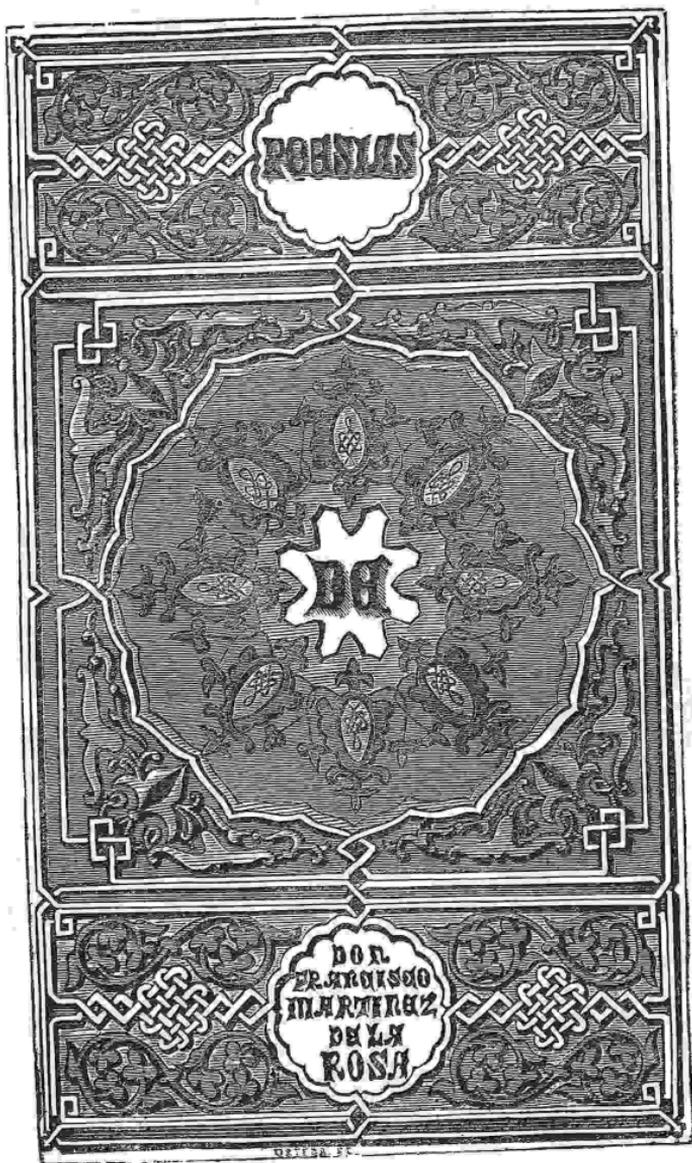
T 225 gr. 8th

~~3-13-2~~

~~3-7-1
1640~~

3-6-5

5345





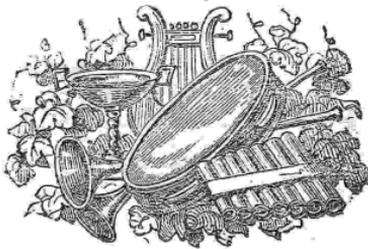
F. MARTINEZ DE LA ROSA.

POESÍAS

DE

**DON FRANCISCO MARTINEZ
DE LA ROSA.**

Segunda edición.



Madrid:

EMPRENTA DE D. AGUSTIN ESPINOSA Y COMPAÑÍA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

—
1847.



ADVERTENCIA (1).

Habiendo cultivado la poesía casi desde mi infancia, y sin haber perdido esta afición en todo el curso de mi vida, he hallado en ella tanto esparcimiento y consuelo, ya como distracción en mis ocios, ya como desahogo de cuidados y penas, que debiera ser bastante crecido el número de mis composiciones, si las hubiese guardado con esmero. Pero mirándolas como un mero pasatiempo, y sin ánimo de darlas á luz; descuidando á veces el copiarlas por escaso aprecio ó por desidia; y habiendo perdido no pocas en circunstancias azarosas, trastornos y viajes, hallé que no eran bastantes las que tenía á la mano cuando publiqué en París mis *Obras literarias*.

Volví luego á mi patria, á fines del pasado año de 1831; y al verme en mi hogar, en el seno de mi familia, y alentado hasta por el hermoso cielo de Andalucía, sacudí la pereza, reuní antiguos borradores, condené unos, corregí otros, añadí algunas composiciones nuevas, las posteriores tal vez de mi vida, y con las que me han parecido mejores he formado la colección que ahora presento al público.

A él es á quien toca juzgarlas, sin que valga reclamar su indulgencia con súplicas y excusas; inútiles, si son sinceras, y que indisponen el ánimo, en vez de cautivarle, si dejan traslucir por desgracia vislumbre de amor propio. Solo puedo decir en verdad que me ha arredrado no poco,

(1) Esta *advertencia* se puso en la primera edición, hecha en el año de 1835.

al publicar mis composiciones, el recuerdo de haber dado á luz anteriormente un *Arte poética*: porque he temido, quizá con sobrada razon, que se juzgue á mis obras por mis propias reglas; y no hay muchos padres que tengan la virtud y entereza de un Guzman el Bueno, para dar ellos mismos armas con que degüellen á sus hijos.

Mas sea cual fuere el concepto que se forme de estas composiciones, estoy muy lejos de ofrecerlas á la juventud estudiosa como dechados y modelos: debiendo repetir, como otras veces, que el fin que me propongo al publicarlas es servir de estímulo con mis propios conatos, no presentarme como maestro.

No quisiera sin embargo desaprovechar la ocasion, que ahora se me viene á las manos, de decir en breves palabras mi sentir y dictámen respecto de las dos sectas enemigas, que tan cruda guerra tienen trabada en el campo de la literatura: apresurándome á advertir de antemano que como todo partido extremo me ha parecido siempre intolerante, poco conforme á la razon, y contrario al bien mismo que se propone, tal vez de esta causa provenga que me siento poco inclinado á alistarme en las banderas de los *clásicos* ó de los *románticos* (ya que es preciso apellidarlos con el nombre que han tomado por señal y divisa); y que tengo como cosa asentada que unos y otros llevan razon cuando censuran las exorbitancias y demasías del partido contrario, y cabalmente incurren en el mismo defecto así que tratan de ensalzar su propio sistema.

No tiene duda, á mi entender, que las obras de imaginacion, así como las Bellas Artes, estan sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los principios de la sana razon, y hasta puede decirse que en la misma naturaleza del hombre: así, por ejemplo, conviene que en

toda composicion, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporcion* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no esten sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescriptas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplacion y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala mezquina las obras de la imaginacion, ni condenarlas livianamente, porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al genio del hombre, como Dios á las olas del mar: *no traspasarás este límite.*

Al contrario, nada mas acertado y conveniente que dejar á la imaginacion un vastísimo espacio para que campée con desahogo, sin ostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos: ¿mas qué acontecerá probablemente, si por el ánsia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guia, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razon y del buen gusto?... Que á fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno; y que siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antiguos idolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y los estravíos de sus propios maestros.

En nuestra misma patria, sin tener que buscar ejemplo y desengaño en la agena, podemos ver palpablemente el cuadro que acabamos de bosquejar. Apenas salió nuestra poesia de su larga infancia, y comenzó á dar muestras de vigor juvenil en el siglo décimo quinto, tomó el rumbo que era natural que siguiese, cuando á lá propia sazón y en las

ellas á los jóvenes aplicados lo mismo que aconsejaba Horacio á los Pisones, respecto de los modelos griegos: de noche, de dia, nunca los solteis de las manos.

Que esto no impide, y antes bien facilita, el que se cultiven con aprovechamiento las literaturas extranjeras, admirando las dotes peculiares que cada una de ellas posee, y aun imitando lo que mejor parezca; aunque sin olvidar por ningun término el gusto propio de cada nacion, la índole de su poesía, el genio de su lengua.

Ni tampoco se opone la estimacion y apego á las obras de la antigüedad á que se atienda cual conviene al espíritu del siglo en que vivimos, que quizá exige en las composiciones mas caudal de doctrina, mas sentimiento, mas vida; en vez que nuestros antiguos poetas, encaminándose de mejor grado á la imaginacion que al corazon y al entendimiento, abusaban con sobrada frecuencia de su facilidad portentosa para versificar y hasta de la música apacible y sonora del habla castellana.

Campos enteros hay que dejaron por cultivar, ó á cuyos lindes se acercaron apenas; tales como el *Idilio* (bien sea al gusto griego, bien al que ha tentado en nuestros dias el delicado Géssner); la *Elegía amatoria*, de que nos dejó Roma tan cumplidos modelos y que han ensayado con buen éxito varios escritores extranjeros; el *poema didáctico*, en que solo contamos alguno que otro bosquejo, y todos ellos imperfectos; la *poesía filosófica*, nutrida de pensamientos profundos, de sentimientos tiernos, tan acomodada al gusto de nuestro siglo, mas adelantado en saber, ó quizá mas grave y melancólico á fuerza de desengaños y desdichas; otros géneros en fin de composicion, ya del todo nuevos, ya presentados bajo distinto aspecto, para que despierten la atencion apareciendo originales.

Solo conviene no perder de vista, si he de decir con lisura lo que siento, que si á nuestros antiguos poetas les causó no poco perjuicio la misma fogosidad y lozanía de su ingenio, ahora corremos el peligro de que por parecer filósofos profundos cortemos las alas á la imaginacion, y no seamos en realidad sino declamadores frios y desmayados; á no ser que, por huir de este escollo, demos en el escollo opuesto, y remontemos tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste trasudores el entendernos.

No alcanzo hasta qué punto habria adquirido nuestra lengua desembarazo y soltura, si hubiese habido muchos poetas tan osados como Juan de Mena, que la trataba á fuer de esclava, ó del temple y vigor de un Herrera, que la levantaba á la par del griego y del hebreo; mas puesto que ya se halla formada con el uso de buenos escritores y la sancion del tiempo, y que es necesario acomodarse á su índole, ó si se quiere á sus caprichos, debe evitarse con especial cuidado violentarla con trasposiciones que no consiente, y que en vez de dar á una composicion mayor dignidad y nobleza, ponen en prensa el entendimiento y menoscaban el deleite.

Por cuya razon, sin que sea menester recurrir á otras, tengo para mí que una de las principales dotes de la poesia es la claridad; procurando que los pensamientos aparezcan fáciles y espontáneos, y la expresion fiel y sencilla. En los escritores griegos sobre todo se nota aquella *candidez* inimitable, que parece hija de la misma naturaleza, sin que se columbre ni por asomo el conato del arte; y no por eso bastardeaban sus conceptos por vulgares y viles, ni se arrastraban torpemente el estilo y la frase.

No recuerdo un solo rasgo sublime, en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con suma sencillez; y



El Duque de Ger. lo inventó.

E. Bois lo grabó.

PARTE PRIMERA

Interea, dum fata simunt, iungamus amores.

EL RECUERDO DE LA PATRIA.

(En Londres, año de 1811.)

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas

De riqueza ;

Ví su inmenso poderío,

Sus artes tan celebradas,

Su grandeza :

Mas el ánimo affigida

Mil suspiros exhalaba

Y ayes mil ;

Y ver la orilla florida

Del manso Dauro anhelaba

Y del Geníl.

Ví de la soberbia corte

Las damas engalanadas,

Muy vistosas ;

Ví las bellezas del norte,

De blanca nieve formadas

Y de rosas :

Sus ojos de azul del cielo ;

De oro puro parecia

Su cabello ;

Bajo trasparente velo



Turgente el seno se vía,

Blanco y bello.

¿Mas qué valen los brocados,

Las sedas y pedrería

De la ciudad?

¿Qué los rostros sonrosados,

La blancura y gallardía,

Ni la beldad?

Con mostrarse mi zagala,

De blanco lino vestida,

Fresca y pura,

Condena la inútil gala,

Y se esconde confundida

La hermosura.

¿Dó hallar en climas helados

Sus negros ojos graciosos,

Que son fuego,

Ora me miren airados,

Ora roben cariñosos

Mi sosiego?

¿Dó la negra cabellera

Que al ébano se aventaja?

¿Y el pié leve,

Que al triscar por la pradera,

Ni las tiernas flores aja,

Ni aun las mueve?...
De un piecillo

Doncellas las del Geníl,

Vuestra tez escurecida

No trocara
 Por los rostros de marfil
 Que Albion envanecida
 Me mostrara:
 Padre Dauro, manso río
 De las arenas doradas,
 Dígnate oír
 Los votos del pecho mío;
 Y en tus márgenes sagradas
 Logre morir!

LA ESPIGADERA.

Zagala donosa,
 Linda espigadera,
 Que el dorado fruto
 Llevas á la aldea,
 Pon sobre mis hombros
 La carga ligera;
 No mas afanada
 Mis ojos te vean.
 Mira que envidiosa
 Vénus te aconseja
 Malogres tus años
 En ruda faena:

¿Qué placer te brindan,
Las desnudas eras,
Los tostados haces,
Las aristas secas?
El sol con sus rayos
Abrasa la tierra,
Sin que leve sombra
De su ardor defienda:
Enjutas del río
Se ven las arenas;
Y al márgen se apiñan
Las mustias ovejas.
Sin flores el prado,
Los campos sin yerba,
Los árboles secos,
La fuente sedienta,
Ni cantan las aves,
Ni céfiro vuela;
La triste cigarra
Tan solo resuena....
¡Ay! ven; y en la gruta,
De musgo cubierta,
En pláticas dulces
Pasemos la siesta:
Que Amor te convida.
Te llama, te espera,
De gente curiosa
Guardando la puerta.

LA NIÑA DESCOLORIDA.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Nunca de amapolas
O adelfas ceñida
Mostró Citeréa
Su frente divina:
Téjenle guirnardas
De jazmin sus Ninfas;
Y tiernas violas
Cupido le brinda.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

El sol en su ocaso
Presagia desdichas,
Con rojos celages
La faz encendida:
El alba en oriente

Mas plácida brilla;
De cándido nácar
Los cielos matiza.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

¡Qué linda se muestra,
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisa!
Pero muy mas bella
Al amor convida,
Si de amor se duele,
Si de amor suspira.

Pálida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
El brillo amortiguan;
Retiemblan sus brazos,
Su seno palpita;
Ni escucha, ni habla.

Ni vé, ni respira;
 Y busca en mis labios
 El alma y la vida....

Pálida está de amores

Mi dulce Niña:—

Nunca vuelvan las rosas,

A sus mejillas!

LA BARQUERA.

Niña de las redes,
 Eres según creo
 De la mar nacida
 Y hermana de Vénus:
 Al nacer, corteses
 Las olas les dieron
 Color á tus ojos,
 Mudanza á tu pecho;
 La cándida espuma,
 Que rizan los vientos,
 Dió sal á tu boca,
 Blancura á tu cuello;
 Y el mar en la orilla,
 Buscando y huyendo,
 De tratar amores
 Te dió el mal ejemplo.

LA VICTORIA DE SALAMANCA.

SONETO.

(Publicado en Cádiz, año de 1812.)

Libre quiso correr el turbio Sena;
 Y apenas lo pregoná envanecido,
 Con propia sangre mírase teñido
 Y arrastrando mas bárbara cadena:
 Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
 Hierve, y se ensancha, y tala embravecido,
 Y el continente cubre, y su bramido
 De escándalo y terror al orbe llena.
 Ufano ya con tan inmensa gloria,
 Disputa al mar el sumo poderío,
 Y señor se proclama de la tierra;
 Mientras, burlando al insolente río,
 Corre el Tórmes cantando su victoria,
 Y dando al mundo la señal de guerra (1).

(1) Amenazaba ya el levantamiento general de Europa contra Bonaparte.

LAS BURLAS DE AMOR.

Pues los hombres todos
A tu ley se humillan,
Amor, no con burlas
De sus males rias:
Presos de un cabello
Algunos suspiran,
Cual náufrago triste
Que el moro cautiva;
Quien un lunar breve
Cual su estrella mira;
Quien de unas pestañas
Vé pender su vida...
Solo yo, Dios ciego,
Resistí á tus iras;
Pues solo alcanzaron
Rendirme á Dorila
Los leves hoyuelos
De su mano linda,
De su hermoso brazo
De su blanda risa.

ANACREONTICA.

Bebamos, muchachas;
 Ninguna descanse,
 Y el vaso precioso
 Su giro no pare:
 Los ojos se anúblen,
 Los pechos se abrašen,
 Los pies se entorpezcan,
 Las lenguas se aten;
 Que rabien las tías,
 Que riñan las madres,
 Que llueva, que truene,
 Que nieve, que escarche,
 Que rujan los vientos,
 Que bramen los mares,
 Mas vino y mas vino,
 Mas baile y mas baile.



LA APARICION DE VENUS.

De pompa ceñida bajó del Olimpo
 La Diosa que en fuego mi pecho encendió ;
 Sus ojos azules de azul de los cielos,
 Su rubio cabello de rayos del sol :

Al labio y mejilla carmin dió la aurora ;
 Dió el alba á la frente su blando color ;
 Y al pecho de nieve su brillo argentado
 La cándida senda que Juno formó.

En trono de nácar la luna de agosto,
 El iris en mayo tras nube veloz,
 Y en fértil otoño la lluvia primera,
 Tan gratas al alma, tan dulces no son.

No tanto me asombra del mar el bramido,
 De horrísonos truenos el ronco fragor,
 Y el rayo rasgando la cóncava nube,
 Cual temo sus iras, su adusto rigor....

Mas ¡ay! que los vientos ya baten las alas;
 Ya el carro de nubes aprestá el Amor ;
 Ya Céfito riza la pluma á los cisnes ;
 Y en coro levantan las Gracias su voz :

Cual rápida estrella que cruza los aires,
 Cual fúlgida aurora que el polo alumbró,
 Fugaz desaparece la plácida Diosa,
 Y el orbe se cubre de luto y dolor.

EL PROPÓSITO DE UN AMANTE.

Dulces himnos de alabanza
 Al Amor sumiso entone
 Quien su pérvida venganza
 En el pecho no sintió :
 Tal , inmóvil en la orilla ,
 Canta al ruido de las olas
 Quien jamás en frágil quilla
 El furor del mar probó.
 Yo algun dia por mi daño
 En sus redes sorprendido ;
 Libre ya , su torpe engaño
 Por do quier publicaré :
 Del candor con la apariencia
 Cubre artero su malicia ;
 Cual rapaz , finge inocencia ;
 Con la venda engaña y vé :
 Hierde aleve cuando juega ;
 Busca y huye á un tiempo mismo ;
 Amenaza cuando ruega ;
 Cede y queda vencedor :
 Falso el llanto y dulce acento ,
 Falsas son sus blandas quejas ,
 Falso al fin es su contento ;
 Cierta solo su dolor...

Mas perdona, Amor divino,
 Si rebelde osé agraviarte ;
 Ya á tu yugo el cuello inclino ;
 Vuelvo dócil á tus pies :

Ya , vencida mi porfía ,
 Torno alegre al cautiverio ;
 Tuya , Amor , el alma mia ,
 Mi existencia tuya es!

ANACREÓNTICA.

Quién bebió en esta copa ?

Fué sin duda una abeja ;

Y ha dejado el veneno

Y tambien la saeta.....

No fué una abeja , huesped ;

Un niño hermoso era.

¿ Un niño ?—*Sí.*—¿ Con armas ?—

Y en la frente una venda....—

No sigas ; que en mi pecho

Ya ha dejado otras señas.

EL SÁTIRO.

O tú, mas feble á seductor halago
 Que tierno lino al revolver del viento,
 Cuando mecido en la feraz llanura
 Trémulo ondéa !
 Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
 Su negra boca á tu semblante uniendo
 De rojas moras con fealdad teñida,
 Sátiro inmundo,
 No mas te acuerdes de mi amor primero ;
 Ni el lábio mio con su blando bozo
 El pecho halague que punzaron antes
 Asperas cerdas.
 Al pié del sauce, en tu apacible baño,
 Yo ví estampada la redonda huella
 Del torpe amante, y del brutal retozo
 Turbias las aguas :
 Anda pues, falsa, y su enastada frente
 Ciñe en el bosque con lasciva yedra ;
 Mientras oculto con mi fiel zagala
 Plácido rio :

LAS GUERRAS DE AMOR,

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

El ocio desdena ,
La paz aborrece ;
Tan solo apetece
La lucha y la lid :
Barreras y muros
Encienden su enojo ;
Ya ostenta su arrojo ,
Ya luce su ardid.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Los fáciles triunfos
Empañan su gloria ;
Difícil victoria
Redobla su ardor :
Su yugo suave

No humilla al rendido ;
 Al pié del vencido
 Se vé el vencedor.

Alumnos de Marte ,
 Dejad su furor ;
 Con guerras mas dulces
 Os brinda el Amor.

Anhela en su fuga
 La astuta enemiga
 Que osado la siga
 Su tierno amador ;
 Si finge rigores ,
 Son iras fugaces ;
 Suspira por paces ,
 Si finge rencor.

Alumnos de Marte ,
 Dejad su furor ;
 Con guerras mas dulces
 Os brinda el Amor.

Tormenta de mayo
 Parecen sus celos ,
 Que anuncia en los cielos
 El iris de paz ;
 Si triste y llorosa

De amor se querella ;
Mas dulce y mas bella
Se os brinda su faz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Con treguas violadas,
Con pactos fingidos ,
Lograd fementidos
La palma y laurel :
La misma enemiga ,
Que finge despecho ,
Celebra en su pecho
Vuestro ánimo infiel.

Alumnos de Marte ,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

La Diosa de Chipre ,
Si oyó el juramento ,
Lo escribe en el viento ,
Lo graba en el mar :
Que allí están los nombres

De tiernas amantes,
Que á un dueño constantes
Supieron amar.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el amor.

Mas ¡ ay ! que el Dios fiero
Ya blande su lanza ,
Y excita á venganza
Con hórrida voz ;

Estragos y ruinas
El campo presenta ;
La tierra ensangrienta
La lucha feroz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

En tanto , luchando
Con blando desvío ,
El ídolo mio
Me muestra esquivéz ;
Y en dulce desmayo

Suspensa su alma
 Del triunfo la palma
 Me ofrece otra vez...

Alumnos de Marte ,
 Seguid su furor ;
 Con guerras mas dulces
 Me brinda el Amor.

EL AMOR EN VENTA.

Acudid , zagalas.....
 ¡ Que lindo Amor vendo !
 Miradle en mi mano ,
 Por las alas preso.—
 ¿ *Es dócil* ?.... Y niño.
 ¿ *Donoso* ?.... Hechicero.
 ¿ *Calladito* ?.... Mudo.
 ¿ *Complaciente* ?.... Ciego.
 ¿ *Alegre* ?..... Cual mayo.
 ¿ *Veloz* ?..... Como el viento.
 ¿ *Y fiel* ?..... Cual vosotras.
 Ya no le queremos.



ADMONICION A UN POETA NOVEL
CONTRA LA TENTACION DE ESCRIBIR SÁTIRAS.

Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones ;
Y no corras derecho al precipicio ,
Sin ver el grave riesgo á que te expones.

Eres mozo y honrado ; ves al vicio
Alzar impune la soberbia frente ,
Y á su aspecto no mas sales de quicio ;
Sin reparar , ó jóven inocente ,
Que con vano sermon nada se alcanza ,
Si se vá contra el viento y la corriente.

¿ No es mejor que á la insípida alabanza
Consagres tus vigilias y sudores ,
Ganando para tí lucro y holganza ?

Celebra á los magnates y señores ;
Por Mecenas elige al mas menguado ,
Y derrama á dos manos tus loores ;

Que aunque en lugar de incienso regalado
Mezcles inmunda pez , resina y brea ,
Y al ídolo en su altar dejes ahumado ,

Verás cuál se entumece y pavonea
Con el tributo vil , y paga ufano
Cuanto su necio orgullo lisonjea.

Si es de mal corazon , llámale humano ;

Si pródigo, galán y generoso ;

Sábido y modesto, si ignorante y vano :

Miente y adula á roso y á belloso,

Seguro que ninguno te desmienta,

Cierto de hallar aplauso numeroso ;

Y en un año, en un mes, por mí la cuenta

Si has menester Apolo ni Pegaso,

Para lograr honores, fama y renta.

No traigo á la memoria un solo caso

En que el decir verdad premio consiga ;

Y antes por ello ví mas de un fracaso ;

Así no es de estrañar que el tropel siga

La senda mas trillada y espaciosa,

Que al término conduce sin fatiga ;

En tanto que apocada y temerosa

Se esconde la virtud bajo la tierra,

Y aun allí el vicio con furor la acosa.

Mas si vivir no quieres siempre en guerra,

A sombra de desvan, pobre y desnudo,

A Persio y Juvenal con llave encierra ;

Deja el veraz estilo, áspero y rudo,

Y alambica un elogio almivarado

Que cuele blandamente sin embudo.

Yo no he visto en mi vida potentado

Que un Licurgo no fuese en su alto asiento

Y de todas virtudes fiel dechado ;

Ni uno tampoco he visto que, al momento

Que por tierra cayó, no mereciera

Servir, cual otro Luna, de escarmiento.

No he visto un general que no pudiera
A César y á Pompeyo dar lecciones,
Y que no esté atrasado en su carrera;
Ni un asentista, henchido de doblones,
Que no fuese columna del Estado,
Del pueblo entre las crudas maldiciones.

¿Quién halló un juez venal en alto estrado?
¿Quién no encontró talento á un palaciego?
¿Quién conoce un bribon condecorado?...

Pues en la córte estás y no eres ciego,
Díme si aunque demonio te volvieras,
Halláras leña en que cebar tu fuego.

Juro y rejuro, hablándote de veras,
Que falta material á la censura,
Como mentir y calumniar no quieras:

Y si debiste al cielo por ventura
Musa festiva, alegre y burladora,
La diestra armada de manopla dura,
Hazle amansar su furia azotadora

O procura que pague el escudero
El encanto fatal de su señora.

Este es el medio, Fabio, que prefiero;
Que no es nuevo pagar el inocente,
Y ostentarse el culpable erguido y fiero:

Y si lanzar no puedes de la mente
La viva comezon de íncumba musa,
Que ni paz ni reposo te consiente,

De aquel feliz arbitrio al menos usa,
 Y en posadera ruin descarga recio,
 Sin tener que pedir perdon ni escusa.

A un alcalde pedáneo llama necio;
 Dí que roba á man-salva un boticario;
 Trata á un pobre cornudo con desprecio;
 Saca á plaza un poeta perdulario;
 Empluma alguna vieja Celestina,
 O acusa á un fiel de fechos de falsario....

Mas cuenta que la misma ventolina
 No te engolfe despues en mar bravía,
 Dó el piloto mas diestro halla su ruina.

Regla sin excepcion : en viendo *usía*,
 Hermanadas están virtud y ciencia,
 Y las debes tratar con cortesía;

Y si asomos vislumbres de *excelencia*,
 O de una placa atisbas los reflejos,
 Ya les puedes hacer la reverencia.

Mas si infundados juzgas mis consejos,
 Por norma elige al cazador prudente,
 Que audaz persigue á liebres y conejos;

Y cura bien no echarla de valiente
 Con los soberbios tigres y leones,
 De corva garra y de aguzado diente.

Del mar en las undívagas regiones
 El pez mayor embiste al pequenuelo,
 Y huye de los hambrientos tiburones;

Y en las aves aligeras del cielo

Tras la paloma arrójase el milano ,
Y del buitre rapaz no turba el vuelo.

Tan natural y propio al ser humano
Es perseguir al débil y abatido ,
Y evitar aun el riesgo mas lejano ,
Que no verás rapaz recién nacido
Que al flaco gosquecillo no atormente ,
Y de robusto can no huya al ladrido.

Lo mismo debe hacer hombre prudente ;
Que lo demás son pláticas de antaño ,
De que se burla ya la culta gente.

Y si tal vez creyeres que te engaño ,
A salvo pongo el ánima y conciencia
Con prevenirte á tiempo de tu daño :

Haz por juego siquiera la experiencia ;
Mas no te quejes del rigor del hado ,
Cuando sufras la dura penitencia.

Yo por mi parte huiré de tal pecado ,
Aunque Apolo me ofrezca su corona ;
Que es lícito en el mundo ser malvado ;
Mas decir la verdad no se perdona.



LOS JUEGOS DEL AMOR.

Con un cristal Cupidillo
Jugando, el sol reflejaba;
Y á Dorila deslumbraba
Con el vivísimo brillo:

Mas con maligna intencion
El cristal inclinó luego;
Y al instante prendió el fuego
En el tierno corazon.

Quitóse el cendal un día,
Y los ojos vendó á Flora;
Y la inocente pastora
Del leve juego reía:

Mas el rapaz se ocultó;
Afigióse la doncella;
Y al ir ciega tras su huella,
Presa en sus redes quedó.



HIMNO A BACO.

Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende;
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!

Cantar soberano
 Ya el estro me inspira;
 Mi trémula mano
 Ya pulsa la lira;
 Y en coro resuenan
 Mil himnos de honor....

Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende:
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!

Festivos cantares
 El Gániges entona;
 Los templos y altares
 De vides corona;
 Y al Númen propicio
 Demanda favor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Ya escucho las voces
De alegres Bacantes,
Las ruedas veloces,
Los ejes sonantes,
Del viejo Sileno
La risa y clamor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Al carro glorioso
Preceden cautivos
Amor desdeñoso,
Los zelos esquivos,
Las iras de Vénus,
De Marte el furor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Tu néctar sabroso
Se brinda al deseo
Muy mas oloroso
Que aroma sabeo ;
La púrpura tyria
Le envidia el color...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende ;
Mis venas enciende
Con sacro furor !

La paz embalsame
Tu dulce ambrosía ;
Sus mieles derrame
La pura alegría ;
No amarguen las penas
Tu grato dulzor....

Ven , padre Liéo ,
Del cielo descende ;
Mis venas enciende
Con sacro furor !

En vasos preciosos
Aromas humean ;
Amantes y esposos
Tus aras rodean ;

Por víctima ofrecen
Su cándido amor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor !

Detente, profano !
No toques impuro,
Con pérfida mano,
Con lábio perjuro,
La copa dorada
Del sacro licor....

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor !

Mas ya de beleño
Coronas mi frente;
Ya el lánguido sueño
Cantar no consiente;
Las cuerdas responden
Con leve rumor....

Ven, padre Liéo,

Del cielo descende ;
Mis venas enciende
Con sacro furor !

POCO PESO !!!

Sobre una peña estribando
Amor colocó una rama ;
Y en un extremo se posa ,
Mientras el otro levanta :
Cuélganse dél á porfia
Las inocentes zagalas ;
Mas ninguna vencer puede
A un niño tierno y con alas.
Añaden por peso votos
Y prendas mil de constancia ;
Y el Dios añade una rosa ,
Y mas ligeras las alza :
Dábanse al fin por vencidas ;
Pero dejólas vengadas
Una leve mariposa ,
Inclinando la balanza.

ERÓTICA.

Favor, sagradas Musas,
 Favor por esta vez !.... Si grave un día
 Rehusó la lira mía,
 Coronada de pámpanos y rosas,
 Acompañar canciones amorosas,
 Ya con maligno juego
 Ocultando su pérfida venganza,
 El Dios alado y ciego
 A cantar me condena su alabanza.
 ¿Qué mas quieres de mí?.... Ya ante tus aras
 Me postro humilde y tu piedad reclamo;
 Mi libertad maldigo;
 Tu esclavo soy, por mi señor te aclamo.

Sin amor ¿qué es la vida? El mundo yerto
 Aparece desierto:

En vez de amenos prados, solo abrojos
 Miran los tristes ojos;
 Y en desabrida calma,
 Sin dicha, ni esperanza ni deseo,
 Se estrecha el corazón, se anubla el alma.

Mas el divino amor une los seres
 Con lazos de placeres:
 El bruto, el pez, el ave,
 Siguen su ley suave:

Ama la erguida palma ;
 Ama la yedra al olmo ; aman las vides
 Abrazadas al álamo de Alcides ;
 Y hasta la flor mas leve
 Con su seno convida
 A recibir el gérmen de la vida.
 Amemos pues , amemos ;
 Que el Tiempo ante nosotros
 Con pié veloz se aleja ,
 Y pesares nos deja.....
 Solo en los brazos del Amor divino
 Se mira sin horror la negra tumba
 Y sembrado de flores el camino.

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz , leve el ala ,
 Como linda mariposa ,
 Vaga Amor de rosa en rosa
 Mostrando viveza y gala ;
 Mas si una luz mira ciego ,
 Vuela , llega , en torno gira ,
 Se acerca , tócala , espira ,
 Y consúmese en su fuego.

LOS BESOS.

Cien veces ciento,
 Mil veces mil,
 Mas besos dame,
 Laura gentil,
 Que flores crian
 Mayo y Abril,
 Y arenas llevan
 Dauro y Genil.
 Mucho demandas.—
 Poco pedí.—
 ¿Bástate un beso?
 Dámele, sí;
 Pero tus lábios
 Clávense en mí;
 Y hasta la Muerte
 Nos halle así!



LOS VOTOS DE UN AMANTE.

Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi vida,
 Ven, Laura querida, y en plácidos lazos
 Te ciña en mis brazos, te escuche, te mire,
 De júbilo expire!

Amor murmurando va el claro arroyuelo;
 Las aves del cielo nos cantan amores;
 Del campo las flores el aire embalsaman....
 También ellas aman.

Tu mano divina ya trémula estrecho;
 Palpita tu pecho, tu frente se arde;
 Ya tiembles cobarde, ya tierna suspiras,
 Y apenas respiras....

¿Qué dudas, bien mio? Descansa en mi seno;
 El cielo sereno á amar nos convida;
 Y al sueño rendida oculta la Luna
 Su luz importuna.

¡Oh! nunca la Aurora de tí me separe;
 El Tiempo repare su curso violento;
 Y al mismo momento que vaya á perderte,
 Me hiera la Muerte!

LA ALHAMBRA.

Venid á mis voces, doncellas hermosas
Que hollais la ribera del Dauro y Geníl;
Venid coronadas de sándalo y rosas,
Mas puras, mas frescas que el aura de Abril.

Flotando en la espalda los negros cabellos,
Los ojos de fuego, los lábios de miel,
La túnica suelta, desnudos los cuellos,
Cantando de amores seguidme al vergel...

Amor resonaron las grutas del río;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
La tierra, los cielos repiten *amor*.

Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
Que ya de tres siglos la mano arruinó,
Rodando en los muros de mármoles y oro,
Un sordo murmullo de *amor* resonó...

¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
Los triunfos y empresas de tanto galán?
¿Las cañas y fiestas, la música y canto,
Jardines y baños y fuentes dó están?

El jaspe ya cubren abrojos y espinas;
Dó rosas crecieron, la zarza se vé;
A llanto provocan las míseras ruinas;
Los rotos escombros detienen el pié..

¡ Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces;
 Mirad cual fenecen la gloria y beldad:
 Y en tanto que vuelan las horas veloces,
 De amor las dulzuras, la dicha gozad!

CANCION BÁQUICA.

CORO.

En coro cántemos,

Dulcísimo vino,

Tu influjo divino,

Tu grato favor.

A influjo tan grato

No hay firme recato,

Ni puerta, ni muro,

Ni alcázar seguro,

Ni dudas, ni zelos,

Ni esquivo rigor.

CORO.

En coro cántemos,

Dulcísimo vino,

Tu influjo divino,

Tu grato favor.

Por tí la doncella
Se ostenta mas bella;
La grave matrona
De hermosa blasona;
La triste viuda
Se enciende en amor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo festivo
No siente el cautivo
Tormentos ni penas
Ni duras cadenas;
Y en plácido encanto
Se iguala al señor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo el piloto
Se burla del Noto;

Y al eco del trueno
 Cantando sereno,
 Del viento y las olas
 Desprecia el furor.

CORO.

En coro cantemos,
 Dulcísimo vino,
 Tu influjo divino,
 Tu grato favor.

Tú mueves el lábio
 Del necio y del sábio;
 Tú arrancas del seno
 La hiel y veneno
 Que esconde la envidia,
 Que oculta el rencor.

CORO.

En coro cantemos,
 Dulcísimo vino,
 Tu influjo divino,
 Tu grato favor.

Contigo el cobarde
 De aliento hace alarde;
 El vil codicioso
 Se ostenta garboso;

El débil anciano

Recobra vigor.

CORO.

En coro cantemos,

Dulcísimo vino,

Tu influjo divino,

Tu grato favor.

Tus puros colores

Envidian las flores;

Tu esencia olorosa

La mirra preciosa;

La miel de romero

Tu dulce sabor.

CORO.

En coro cantemos,

Dulcísimo vino,

Tu influjo divino,

Tu grato favor.

Los males y penas

A olvido condenas;

Las dichas fugaces

Eternas las haces;

Y al hado futuro

Le robas su horror.

CORO.

En coro cantemos,
 Dulcísimo vino,
 Tu influjo divino,
 Tu grato favor.

 EL AMOR CAUTIVO.

Zagalas erueles,
 No mas rigor y azor
 Que Amor como niño
 Merece piedad: ah
 Los grillos de flores
 Al punto soltad;
 Las duras espigas
 Hiriéndole están.
 Si burlas donosas
 De tierno rapaz,
 Con leve escarmiento
 Quisiereis vengar,
 Quitadle las flechas,
 Robadle el carcax;
 Con vuestros ojuelos
 No ha menester mas.
 Mirad como tiembla
 Con ánsia mortal;

Y juntas las manos,
Demanda la paz:
No herir vuestros pechos
Quisiera jurar;

Mas teme os ofenda

Su amarga piedad:

Si os huye, es ingrato;

Si os sigue, es audaz;

Sentís sus perfidias,

Y os cansa leal....

En esto Cupido

Se escapa sagaz,

Y lanza riendo

: La flecha mortal:

Su Madre en los brazos

Le vuelve á estrechar,

Y vé á las zagalas

: Heridas llorar.



Un delator aquí yace...
Chito! que el muerto se hace.

Aquí yace una doncella...

Y han borrado *de labor*...
Siempre es bueno hacer favor.

Yace en esta estrecha caja
El sastre mas afamado;
Y dicen que no ha robado
Al menos en su mortaja.

¡ Cuñados en paz y juntos!
No hay duda que están difuntos.

Aquí yace una beata
Que no habló mal de ninguna...
Perdió la lengua en la cuna.

Aquí un médico reposa,
Y al lado han puesto á la Muerte...
Iban siempre de esta suerte.

Al pie del sepulcro un cuerno!...
¿No admite dos el infierno?

Aquí un hablador se halla
Y por vez primera calla.

Aquí yace una viuda
 Que murió de pena aguda,
 Apenas hubo perdido
 A su séptimo marido. —

Aquí se enterró un suizo,
 Por el dinero lo hizo.

Aquí yace una soltera,
 Rica, hermosa, forastera,
 Que sordo-muda nació...
 ¡ Si la hubiera hallado yo!

Sub hóc tumulo... adelante;
 Que este será algún pedante.

Aquí yace un andaluz,
 Por eso han puesto esta cruz.

Don Juan de Az...
 Para el diablo que te lea.

Ya que no pide doblones,
 Pide esta vieja oraciones.

Canónigo... de repente...
 Y morir en Noche Buena...
 Se le indigestó la cena.

Eche una limosna, hermano ;
 Y que no suene el dinero,
 No reviva este usurero.

Aquí enterraron de balde,
 Por no hallarle una peseta...
 No sigas : era poeta.

Una palma han colocado
 En la tumba de Lucía...
 Es que dátiles vendía.

Aquí yace un cortesano,
 Que se quebró la cintura...
 Un dia de besamano.

Aquí jaz ó muy illustre
Senhor João Mozinho Souza
Carvalho Silva da Andra...
 Sobra nombre ó falta losa.

Aquí yace un juez de vagos,
 Que en Madrid ocioso anduvo...
 ¿ Y en qué diablos se entretuvo?

Aquí reposa un francés...
 Al fin parado le véis,

Aquí yace entre laureles
 Un gran autor de comedias,
 Que murió helado en el patio
 Sin que un cristiano lo viera.

Aquí yace Sor Belen,
 Que hizo almíbares muy bien,
 Y pasó la vida entera
 Vistiendo niños de cera.

Aquí yacen cuatro sócios,
 Que juntaron gran caudal:
 Un médico, un boticario,
 Un cura y un sacristan.

Aquí yace el Rey Ramiro,
 Que libró á España del feudo...
 Al moro que hoy lo cobrará
 La ganancia no le arriendo.

Aquí yace un oidor sordo...
 Un relator tartamudo...
 Un vista con cataratas...
 ¡Pues anda bonito el mundo!

Aquí yace un contador
 Que jamás erró una cuenta...
 A no ser á su favor.

Un borrego han esculpido
 En esta tumba modesta...
 ¿Tuvo el difunto el toison?...
 Fue escribano de la Mesta.

Aquí á una bruja enterraron,
 Chamuscada á fuego lento...
 Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace un cobrador
 Del voto del Rey Ramiro...
 ¿No era mejor dar mugeres
 Y quedarnos con el trigo?

Aquí yace un mayorazgo
 Junto á su hermano mellizo:
 Este se murió de hambre;
 Y aquel se murió de ahito.

Aquí Susana reposa...
 Por supuesto no la *casta*...
 Con que vmd. lo diga basta.

Aquí yace un proyectista,
 Que quiso dar por asiento
 Agua, tierra, fuego y viento.

Aquí yace un egoista,

Que no hizo mal ni hizo bien...

Requiescat in pace, Amen.

Aquí yace Don Matías,

Acusado de tacaño:

Y daba *gratis* al año...

Pésames, pascuas y días.

El general que aquí yace

Hizo lo mismo que el Cid...

Entraba muerto en la lid.

Aquí yace un alquimista,

Que en oro trocaba el cobre...

Y murió de puro pobre.

Aquí yacen dos maestrantes...

Ocupados como antes.



HIMNO EPITALÁMICO.

Placer de los cielos, delicia del mundo,
O Númen fecundo, propicio á mi voz,
De tiernos amantes corona el deseo,
Desciende, Himenéo, descende veloz.

Al mar y á la tierra y al aire sereno
Tú colmas el seno de gérmen feraz;
Y al orbe enlazando con dulces cadenas,
Sus ámbitos llenas de vida y de paz.

Tú al nido aprisionas con grillos suaves
Las tímidas aves en plácida union;
Y al yugo amoroso tú inclinas la frente
Del tigre inclemente, del fiero leon.

Si gime viuda la tórtola bella,
Con blanda querella te pide otro amor;
Sin fruto dorado la palma viuda
Te espresa, aunque muda, su triste dolor.

Sin tí los mortales, cual fieras atroces,
Ni oyeran las voces de patria y hogar:
Sus muros te deben las altas ciudades;
Las mismas Deidades te deben su altar.

Mas ya gratas pulsán las cítaras de oro,
Y aclaman en coro tu gloria inmortal;
Ya al son armonioso las alas estiendes,
Y en triunfo descienes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la Diosa de Delos
Se oculta en los cielos tras nube fugaz;
En tanto que Vénus mas plácida y bella
Refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra
La copa en su diestra de dulce licor;
Y uniendo á sus rosas la blanca azucena,
Su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,
Que el lecho ilumina con claro esplendor,
Apaga; y fingiendo temor y recelo,
Se esconde en el velo del sacro Pudor.

Los Dioses sonrien, la esposa suspira;
Ternura respira su blando desden;
Y al tímido esposo las Gracias y Amores
Con cándidas flores coronan la sien.



ANACREÓNTICA.

Deja que estalle el trueno;
Echa vino y bebamos:
¿Viste nunca una cepa
Herida por el rayo?
Hasta el mismo Vesubio
Paga tributo á Baco;
Y respeta el viñedo
En su lava plantado.
Busqué en vano de Italia
Los héroes y los sábios;
Escombros y cenizas
Mis ojos solo hallaron:
De Roma apenas dura
El vano simulacro,
La sombra de Pompeya,
La tumba de Herculano...
Mas hallé de Falerno
El néctar regalado;
Y apuré una botella,
A la salud de Horacio.

LA LUNA.

Ven al vergel delicioso
Que ciñe el Dauro tranquilo;
Ven, no tardes, dueño hermoso;
Que Amor nos presta su asilo,
Apartado y silencioso.

Su cáliz abren las flores
Al céfiro que las mece;
Cantan dulces ruseñores;
Y la Luna se embebece
Escuchando sus amores.

Creyóse de amor exenta,
Y al amor mostróse esquivia;
Mas ya su engaño lamenta,
Y en la noche fugitiva
Con ver su amor se contenta:

Duerme entre tanto su dueño,
Y ella al amor le provoca;
Mas por no turbarle el sueño,
Apenas sus lábios toca
Y desiste de su empeño...

Despierta, ingrato Pastor,
Y goza tanta ventura;
Mira que vuela el amor,
Que su dicha poco dura,

Menos dura que una flor:

Mas por su dulce embeleso
Bien puedes trocar tu calma;
Que un halago, un solo beso
Da tanto placer al alma,
Que se rinde al blando peso...

Ven, corre, vuela á mis brazos,
No tardes, hermosa Lidia,
Estréchame en dulces lazos;
Y el Zagal nos tendrá envidia,
Contando nuestros abrazos:

La misma Luna en el cielo
De amor al vernos se abrasa;
Y con triste desconsuelo
Nos contempla, corre, pasa,
La faz envuelta en su velo.



LAS AVES.

EL NIDO.

¿Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pian
Esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo,
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pico..
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,
Salta de un árbol en otro,
Va, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oirlo..
Tú tambien tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño,
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo!..
Las lágrimas se le saltan :
Al cuitado pastorcillo,
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

EL PICHON MENSAGERO.

—

Vuela al punto,
Pichon bello,
Y esta carta
Da á mi dueño...
Noche y dia,
De ella lejos,
Ni respiro
Ni sosiego:
Con su imágen
Me desvelo;
Pienso en ella
Cuando duermo:
Su voz oigo,
Su faz veo;
Y en su boca
Y en su pecho
Tierno imprimo
Dulces besos...
Vuela al punto,
Pichon bello;
Y á mi amada
Dí que muero !...»
Apenas estas palabras
Pronunciára el triste Delio,

Perdió de vista en los aires
Al alado mensajero ;
Que la inocente avecilla
Doblaba el rápido vuelo,
Por ver á la hermosa Flora
Y hallar en su boca el premio.
Ya divisaba la torre
En que le aguardan inquietos
La doncella en las almenas,
En el nido los hijuelos,
Cuando de tiro alevoso
Vé la luz, oye el estruendo,
A par que del plomo ardiente
Siente la herida en su pecho.
Trémula el ala repliega,
Se abate con desaliento,
Y en derredor de la torre
Gira con mortal anhelo:
Tres veces tocó á su cima,
Y tres le faltó el esfuerzo ;
Mas vé á Flora que le llama,
Oye sus dulces acentos,
Y anímase y vuela y cae
Con el billéte en su seno,

LA GOLONDRINA.

Vuelve, vuelve, golondrina,
Que ya Favonio se acerca;
Y las aves y pastores
Saludan la primavera:
En mis tranquilos hogares
Todos alegres te esperan,
Cual huésped agradecido,
Cual nuncio de buenas nuevas.
Aquí no hallarás los lazos
Que en los palacios se encuentran,
Y bajo el rústico techo
Seguros tus hijos quedan;
Aun está cual le dejaste
Tu frágil nido de tierra,
Y al verle todos los días
Lamentábamos tu ausencia...
Mas tal vez en este instante
La costa africana dejas,
Cruzas el mar presurosa,
Y tocas nuestras riberas;
Ni en su márgen te detienes;
Veloz hácia el Dauro vuelas;
Y el tierno pecho te anuncia
Que tus amigos te esperan...

No tardes , llega , avecilla ;
Llega , y bien venida seas ;
Que Dios bendice el hogar
Que da asilo á la inocencia.

EL JILGUERO.

« ¿ **P**orqué me dejas , ingrato ?
Vuelve á mi voz , jilguerillo ;
Y no pagues cual Damon
Mis cuidados y cariño :
Eras mi solo consuelo,
Eras mi mejor amigo ;
Contigo partí mi lecho
Mi seno te dí por nido...
Noches enteras pasaste
En mi regazo dormido ;
Y apenas rayaba el alba,
Me despertaban tus trinos :
Tú mis lágrimas veías ,
Tú escuchabas mis suspiros ,
A tí solo confié
El nombre del fementido... »
Así Flora se quejaba ;
Mas vió en la rama de un mirto.
Acariciando á su esposa

Al pintado pajarillo:
 Envidia tuvo al mirarle;
 Sintió su dolor mas vivo;
 Y prorrumpió en estas voces,
 Dando un profundo gemido:
 « Sé feliz, ave inocente,
 Con tu esposa y con tus hijos;
 Que no hay ventura en la tierra,
 Si está el corazón vacío ! »

LA PERDIZ.

Cesa un instante siquiera,
 Cesa, avecilla, en el canto,
 Y no atraigas á los tuyos
 Con tu pérfido reclamo:
 El mismo dueño á quien sirves
 Te arrancó del nido amado,
 Te robó la libertad,
 Te desterró de los campos;
 Y por complacerle ahora,
 De tanta crueldad en pago,
 A tu esposo y á tus hijos
 Tú misma tiendes el lazo.
 La voz del amor empleas,
 Brindas con dulces halagos,

Cuando la tierra y el cielo
 A amar estan convidando;
 Pero entre tanto escondida
 La muerte acecha á tu lado,
 Pronta á salpicar con sangre
 Las bellas flores del prado...
 ¡ Ay ! deja al hombre cruel
 Valerse de esos engaños;
 Llamar con voz alevosa
 Y vender á sus hermanos.

ANACREÓNTICA.

Pronto, zagalas, éa!
 La lira, el tirso, el vaso:
 Venderé mis cantares;
 Si ofreceis dulce pago:
 Por un beso, una copla;
 Y dos por cada abrazo;
 Y por abrazo y beso,
 Si son á un tiempo, cuatro;
 Mas si alguna hasta el bosque
 Viniere á mi reclamo,
 Sin madre, abuela, tia,
 Ni importunos muchachos,
 Le cantaré mas versos

Que hay flores en el prado ,
Y arenas en el rio ,
Y luces en los astros.

ENIGMA.

Amor manda cuando ruega ,
Vé con los ojos vendados ,
Brinda paz y da cuidados ,
A un tiempo concede y niega.

Busca delicias fugaces ,
Y halla contínuos desvelos ;
Se atormenta con los celos ,
Y se cansa con las paces.

Le ablanda el duro desden ;
Le irrita el humilde ruego ;
En nieve le trueca el fuego ;
Con daño compensa el bien.

Es cual niño veleidoso ,
Y cual pájaro fugaz ;
Si callar debe , locuaz ;
Y cuando hablar , silencioso :

Váριο cual tarde de Abril ,
Que el sol brilla y se oye el trueno ,
Quédase el cielo sereno ,
Y núblase veces mil :

Amor se abate y se engríe,
 Ya receja y ya adelanta,
 Busca y huye, gime y canta,
 Sufre y goza, llora y rie ;

A la par quiere y no quiere,
 Se enoja y se desenoja,
 Vase, vuelve, tira, afloja,
 Nace, crece, vive, muere....

¿ Quién tendrá el arte ó poder
 De sondear este abismo ;
 Quién, Amor, cuando tú mismo
 No te puedes comprender ?

VENUS Y LOS AMORES.

EL NACIMIENTO DE VENUS.

En el seno de una concha,
 Como en Oriente la perla,
 Nació la Diosa que anima
 El cielo, el mar y la tierra :
 Rizando en torno la espuma,
 Mil Cupidillos la cercan,
 Y al leve carro de nácar
 Huncen dos tórtolas bellas ;
 El iris de cien colores

Sobre sus sienes despliegan,
Y al mismo tiempo en los ástros
Lució su brillante estrella.
En coro á la Diosa aclaman
Los Tritones y Nereidas,
De coral la sien ceñida,
Libres al viento las trenzas :
En tanto que los Amores
Sobre los delfines juegan,
Y por donaire á las Ninfas
Salpican pecho y cabeza.
Unos á nado las siguen ;
Otros en torno revuelan,
Y alguno mas atrevido
Cálase al fondo tras ellas....
Mas por descuido ó malicia
La antorcha en la mano lleva,
Que en vez de apagar su llama,
Dentro del mar centelléa:
Arden las inquietas olas,
Arde la profunda arena,
Y de vivientes sin fin
La inmensa region se puebla.

EL SUEÑO DEL AMOR.

De cristal en frágil cuna
 Duerme el niño ceguezuelo,
 Con la sonrisa en los labios
 Y la congoja en el pecho.
 Bésale al lado su Madre;
 Las Gracias le están meciendo;
 Y el Pudor por resguardalle
 Le cobija con su velo:
 Pero traidores le acechan
 Los cuidados y los celos;
 Y apenas duerme un instante,
 Cuando suspira despierto.

EL DESPIQUE DE VENUS.

Ven, acude, cefirillo,
 Donde mi Lesbia reposa,
 De manso arroyo al murmullo,
 De verde sauce á la sombra:
 Con ala tímida oréa
 Su pecho y su faz hermosa,

Y con tu plácido aliento
 Espira en su dulce boca.
 Densa turba de Amorcillos
 Revuela en torno y la ronda,
 Como un enjambre de abejas
 Al rededor de una rosa;
 Cual en su cándido seno
 Rojos claveles deshoja;
 Cual prende sus rubias trenzas
 Con jazmines y violas;
 Uno, las alas plegando,
 Sobre una rama se posa,
 Al leve peso la inclina
 Y el gallardo cuerpo toca;
 En tanto que otro á las Gracias
 De Venus las galas roba;
 Y el breve talle de Lesbia
 Con el ceñidor adorna....
 Pero celosa su Madre
 Al punto venganza toma;
 Y con la misma lazada
 Allí al Amor aprisiona.

V
 De verde senos é ja sombras:
 Con esa tímida orla
 De tanta gracia é la sombra
 Dónde mi corazón reposa,
 En su seno, castillo

EL AMOR Y LA SENSITIVA.

Por los jardines de Páfos
 Iba Amor buscando yerbas,
 No para sanar heridas,
 Para enherbolar sus flechas ;
 Cuando oculta entre las flores
 A la sensitiva encuentra,
 Rizada como las plumas
 Que el Dios en sus alas lleva.
 Atrevido fue á tocalla,
 Y tímida se repliega ;
 Le aplica el rapaz sus lábios,
 Y ella sus hojas le cierra :
 Una vez y otra porfía ;
 Le hechiza la resistencia ;
 Y por la púdica planta
 Las flores mas lindas deja.

EL CASTIGO DEL AMOR.

Revolando bullicioso
 En los árboles de Gnido,
 Amor asustó en mal hora
 A Marte y Venus dormidos:
 En vano el Dios intercede
 Por el imprudente niño;
 Su Madre esta vez al menos
 Resuelve darle castigo.
 Con un cendal delicado
 Vendarle los ojos quiso;
 Pero sus ojos brillaban
 Por entre el cándido lino:
 Las tiernas alas le corta,
 Para tenerle sumiso;
 Y otras plumas le nacia,
 Y de colores más vivos:
 Tentó con tallos de flores
 Echarle á la planta grillos;
 Pero las aves del cielo
 Los tronchaban con el pico.
 Impacientóse la Diosa
 Con la sonrisa del hijo,
 Y en una dorada jaula
 Dejó al infeliz cautivo.

Entonces fueron los llantos,
 Que daba lástima oírlos;
 Y á su reclamo acudió
 La bandada de Amorcillos:
 Desgajan unos la rama
 De que estaba suspendido,
 Y por romper sus prisiones
 Luchan otros con ahinco...
 Pero ya Venus y Marte,
 Del bosque en lo mas sombrío,
 Nuevo lecho preparaban
 Por el deleite mullido:
 Enlazábanse sus brazos;
 Se mezclaban sus suspiros;
 Y de haberlos despertado
 Gracias daban á Cupido.

EL NIDO DE LOS AMORES.

En lecho de mirto y rosas
 Arrullando está Dione
 Una turba de Amorcillos,
 Cual nido de ruiseñores.
 Muestran los recién nacidos
 Condicion tímida y dócil;
 Mas baten las tiernas alas,

Y ya á volar se disponen:
Remedan unos el llanto,
Para ablandar corazones;
Mientras adormidos otros
Fingen que ni ven ni oyen.
Los grandezuelos descubren
Mas dañadas intenciones,
Y en vez de inocentes juegos,
Aguzan flechas y harpones;
Pero con doble malicia
Las armas visten de flores,
Y doran la aguda punta
Que el letal veneno esconde.
Solo el mas gentil de todos
Aljaba y arco depone,
Y en vaso espumoso forma
Leves pompas de colores:
A su blando soplo ascienden,
Y céfiro las acoge,
Del cielo el iris retratan,
Brillan, vuelan y se rompen...
« ¡ Ay cuitadilla de mí,
(Dijo suspirando Cloris):
Venid, zagalas, y ved
La imágen de mis amores ! »

LA MANSION DEL AMOR.

Red en los árboles veo;
 Liga en la yerba sentí...
 O me engaña mi deseo,
 O el Amor se hospeda aquí.
 ¿Quién ha mecido estas flores?
 ¿Quién ha libado su miel?
 Es un enjambre de Amores,
 Que revuela en el verjel.
 En medio va mi zagala,
 Y á porfia la enamoran:
 Venus misma no la iguala,
 Y ellos cual madre la adoran.
 Entonan himnos suaves,
 Y al mirarla se embelesan;
 Y les responden las aves,
 Y con los picos se besan.
 La vid al álamo enlaza,
 Y hasta su copa se eleva;
 Al olmo la yedra abraza;
 El aura semillas lleva.
 No hay flor que no ame á otra flor;
 No hay ser que el amor no inflame;
 No hay ave que á otra no llame,
 Al dulce nido de amor.

Al amor todo convida:
Amor da al hombre consuelo;
Amor al mundo da vida;
Aman la tierra y el cielo.

¿ Quién da á la Aurora
Luz y rocío,
Galas á Flora,
Mies al estío,
Y al bosque umbrío
Pompa y verdor?...
Solo el Amor.

Y por los huecos
Vuelven los ecos:
Amor... Amor!

¿ Quién el sustento
Conduce al nido?
¿ Quién puebla el viento
A el mar tendido?
¿ Al firmamento
Quién da esplendor?...
Solo el Amor.

Y Venus bella
Desde su estrella
Repite: *Amor!*

LA MUERTE DE ADONIS.

Hijos del alma,
 Llorad, Amores;
 Finó mi dicha,
 Murió mi Adonis:
 Siempre en mi lábio
 Suena su nombre;
 Vuélvelo el eco,
 Y él no responde.
 ¿Dó estás, bien mio,
 Dónde te escondes,
 Que de tu amada
 La voz desoyes?
 Ven á mis brazos,
 No me abandones;
 Yo dejé el cielo
 Por tus amores:
 Tuya mi gloria,
 Tuyos mis dones;
 Celos y envidia
 Diste á los Dioses!
 En tu regazo
 Me vió la noche;
 Sin voz ni aliento
 La aurora hallóme;
 Aun reclinadas

Estan las flores,
 Tu hermosa huella
 Aun se conoce:
 Ven, amor mio,
 Ven á mis voces,
 Antes que el llanto
 Mi aliento ahogue!
 Así Venus afligida
 Clamaba en busca de Adonis,
 Que exánime y desangrado
 Yace á la falda de un monte:
 Trémula llega la Diosa;
 A su amado reconoce;
 Y respirando en sus lábios,
 Quiere que á la vida torne.
 Mas ya la barca fatal
 Apresta el duro Caronte,
 Y del Tártaro al abrirse
 Crujen las puertas de bronce:
 En turba al mancebo aguardan
 Las Sombras de sus mayores;
 Y por los cóncavos senos
 Lúgubre canción se oye:
 « Ya el lago cruza,
 Ya llega el jóven,
 Que mas hermoso
 No lo vió el orbe;
 Al pié de un trono

Nació entre flores ;
Creció colmado
De ricos dotes ;
¿ Pero qué vale
Su escudo al hombre ,
Cuando la Muerte
Descarga el golpe ?
Al bello príncipe
Llora Dione ,
Faunos y Ninfas ,
Gracias y Amores ;
Mas hasta el límite
De estas regiones
Ni el eco llega
De sus clamores !
Con gozo feroz las Parcas
El lúgubre canto acojen ;
Como las aves siniestras
Ven de una lid los horrores :
Y en tanto cien Cupidillos
Cercan el cuerpo de Adonis ,
Y con las alas enjugan
La sangre que aun tibia corre.
En señal de eterno luto ,
Los arcos y flechas rompen ;
Y sus cabellos cortando ,
Los funerales disponen :
Al bello garzon reclinan

En lecho ornado de flores,
 Queman aroma sabéo,
 Vierten esencias y olores;
 Y Céfiro, á ruego suyo,
 El blando aliento recoge,
 Y de sus árpas eólias
 Saca tristísimos sonos.

LA BODA DE PORTICI. (1)

ESPOSO.

Ven, cara Esposa, ven al nupcial lecho,
 Por el Amor mullido
 Para labrar su nido!
 Présago el corazón late en mi pecho;
 Tu dulce aliento aspiro;
 Tu hermosa imágen veo;
 Dudo, temo, deseo;
 Ni aliento ni respiro;
 Y trémulo de ardor y de esperanza,
 Oigo el canto nupcial: *ven, Himeneo!*
 ¿Quién en el mundo alcanza
 Tan soberano bien? En dulces lazos

(1) Pueblo delectoso, á pocas leguas de Nápoles y en las inmediaciones del Vesubio: hállase labrado cabalmente sobre la antigua ciudad de Herculano, que por alguno que otro punto aun se descubre soterrada.

Mil veces, Laura mia,
 Te estrecharé en mis brazos
 Y gustaré en tus labios la ambrosía;
 Me llamaré tu dueño,
 Y guardaré tu sueño,
 Reclinada la sien sobre las flores
 Que yo mismo cogí con mil amores...
 Mas ¡ ay ! que aun hora mismo el alma anubla
 El triste pensamiento
 Que enturbió en aquel punto mi contento:
 En el verjel cercado,
 De mi padre heredado,
 Junto á un lecho de césped y de rosas,
 Y cual tú frescas y hermosas,
 La boca descubrí de horrenda sima,
 Que al vella pone grima;
 Y el techo divisé de una morada
 Bajo lava y escómbros sepultada...
 ¡ Quién sabe si otro tiempo
 El dueño de este asilo,
 Vivió alegre y tranquilo,
 De dulces bienes lleno,
 De su esposa en el seno,
 Y allí la muerte dura
 Apagó con un soplo su ventura!...
 Tal vez el infeliz la juzgó eterna,
 Y eterna fé sincero prometia;
 Y de su esposa tierna

Iguales juramentos recibia,
 Cuando tembló la tierra
 Que en sus entrañas al volcan encierra;
 Corrió la lava ardiente,
 Cual férvido torrente;
 Y el lecho y el hogar y el pueblo junto
 Desparció en un punto...
 ¿Mas porqué, Laura mia,
 Con tan fúnebre imágen me atormento,
 Cuando el alma no basta al sumo gozo
 Que me espera en un hora, en un momento,
 Cuando á mi lado estático te admire,
 Y te estreche en mi seno palpitante,
 Y en tu regazo de placer expire?

POETA.

Enmudeció el Esposo: y mas cercano
 Y suena el canto nupcial, poblando el viento
 De júbilo y contento:
 Un coro de doncellas,
 Mas que las Gracias bellas,
 Por la espalda flotando el blanco velo,
 De flores y arrayán cubren el suelo;
 Y con mano sostienen cariñosa
 El paso incierto de la tierna Esposa.
 Siguenla las matronas
 Con ramos y coronas,
 Premio de la virtud y la hermosura;

En tanto que una lágrima indiscreta
Muestra á la turba inquieta
De una madre el afán y la ternura.

CORO DE DONCELLAS.

Cual nieve cándida
Brilla á la aurora,
Si el sol la dora
Con su esplendor;
La vírgen tímida
Mas pura brilla,
Si su mejilla
Tiñe el pudor.

CORO DE MATRONAS.

Con leve púrpura
Nace la rosa,
Crece medrosa,
Da escaso olor;
La besa el céfiro,
Sus hojas riza,
Y la matiza
Tierno el amor.

POETA.

Mientras sonaba el alternado acentó,
Sus alas plegó el viento;
La mar clara y serena

Dormíase en la arena;
Y luces de colores en guirnaldas
De los copados árboles pendían
Y al aire blandamente se mecían...
Amor la dulce calma y noche pura,
Amor tanta hermosura,
Amor el firmamento
Con estrellas sin cuento,
Amor el aura espira,
Amor y solo amor todo respira.
Mas ya llega festiva
La turba alegre y viva;
Y un coro de zagalas y pastores
Mueve la leve planta entre las flores:
El galan se acerca,

Y á su amada cerca;

Ya tímido cede,

Duda y retrocede;

Ya nueva esperanza

Le anima, y avanza;

Mas luego se humilla,

Dobla la rodilla,

Y ablanda el desden

De su dulce bien.

La linda zagala

Ostenta su gala,

Con posturas mil

Del cuerpo gentil:

Ora á dulces lazos
 Brinda con sus brazos ;
 Ora se retira ;
 Ora en torno gira ;
 Tan rápido el pié
 Que apenas se vé...
 Más el fino amante,
 La sigue constante ;
 Ni un punto sosiega,
 La estrecha, le ruega ;
 Temores, deseos,
 Dulces devaneos,
 Y riñas fugaces,
 Y treguas y paces,
 Y grato favor
 Muestra allí el amor...
 Pero en tanto que crúzanse veloces :
 Los licenciosos brindis de Liéo,
 Y el aire pueblan las alegres voces
Ven, Himeneo, ven!... ven, Himeneo!...
 Una zagala hermosa,
 De su amante celosa,
 Del concurso se aleja y torna acaso
 La vista hácia el ocaso ;
 Del Vesubio en la cima descubriendo
 Negra columna que á los cielos sube,
 Cual tenebrosa nube...
 Se aterra, corre, grita ;

Y al seno del festín se precipita.
 Súbito cesa el canto:
 Al júbilo, á la danza, á los amores,
 Sucede negro espanto;
 Como en ardiente estío
 Repentina tormenta
 Inunda el campo y el ganado ahuyenta.
 Entre la densa turba desaladas
 Buscan las madres á sus tiernos hijos;
 Grita la hermana en vano
 El nombre del hermano;
 Corre la esposa en brazos del esposo;
 Y del tropel medroso
 La fuga y los clamores
 Redoblan de la noche los horrores.
 «¿Dónde estás, Laura mía,
 (Frenético Lisardo repetía):
 Ven á mis brazos, ven; y si la suerte
 Nos condena á la muerte,
 Un instante siquiera
 En mi seno te estreche, y luego muera!»
 Así clamaba al cielo
 Con triste desconsuelo,
 Sin hallar rastro ó huella
 De la amada doncella,
 Que pálida y sin vida
 En la arena cayó desvanecida.
 Al lado está su madre;

Sola su madre en la desierta orilla;
Y en su regazo á la infeliz sustenta,
Y de pavor no alienta;
Llora, solloza, gime,
Y tiernos besos en su frente imprime;
Mientras descibe con sensible anhelo
Las mustias flores y el ajado velo.

Cual estátua de mármol reclinada
Sobre la tumba helada,
Así aparece Laura desde lejos,
De la pálida luna á los reflejos;
Cuando la vé su esposo,
Y vuela presuroso,
Y acude, acorre, llega,
Y á su dolor se entrega;
Siendo su pena tanta
Que se anudó su voz en la garganta.
Cien veces y otras cien la mano ardiente
Lleva á la yerta frente;
Se inclina al bello rostro, observa, mira
Si su amada respira;
Y en su ciego delirio casi toca
Los lábios con su boca...
Mas en el punto mismo
Volvió Laura del largo parasismo;
A tiempo que la Aurora,
El pavoroso anuncio disipando,
Daba al mundo su luz consoladora.

CANCION DEL CAUTIVO.

Crura sonant ferro, sed canit inter opus

TIBULO.

Así el cautivo entre cadenas canta.
LOPE DE VEGA.

Mientras miraba
 Como peinaba
 La mar serena
 La leve arena
 De Africa altiva,
 Triscar festiva
 Ví una doncella,
 Donosa y bella;
 El pié liviano,
 Breve la mano,
 Nevado el cuello,
 Rubio el cabello...
 Y olvidando mi pena,
 El peso no sentí de la cadena.
 Tierno la miro,
 Triste suspiro,
 Y susurrando
 Céfiro blando
 El sordo ruido
 Lleva á su oido:

Torna asustada
La faz rosada;
Mírame altiva;
Húyeme esquivá;
Seguirla intento,
Fáltame aliento...
Y al pié veloz enfrena
El grave peso de la atroz cadena.

¡ Oh ilusión fiera !

La imágen era
De mi querido
Dueño perdido,
Que me fingía
La fantasía ;
Y Amor me dice:
« Sigue, infelice,
Sigue su huella,
Lograrás vella... »
Y Eco retumba:
« Ni aun en la tumba;
Que el hado te condena
A morir con la bárbara cadena. »

Cancion, advierte
Mi humilde suerte,
Y al duro cielo
No alces el vuelo:
Tu ala rastrera
Cruce ligera

La mar salada;

Busca á mi amada,

Dile que vivo;

Triste y cautivo;

Que el dulce canto

Trocóse en llanto...

Mas su nombre resuená

Al ronco son de la fatal cadena.







PARTE SEGUNDA

Jam veniet tenebris mors adoperta caput

Tib? Eleg^a 1.^a

PARTE SEGUNDA.

LA SOLEDAD.

Unico asilo en mis eternos males,
 Augusta soledad, aquí en tu seno,
 Lejos del hombre y su importuna vista,
 Déjame libre suspirar al menos:
 Aquí, á la sombra de tu horror sublime,
 Daré al aire mis lúgubres lamentos,
 Sin que mi duelo y mi penar insulten
 Con sacrílega risa los perversos,
 Ni la falsa piedad tienda su mano,
 Mi llanto enjague y me traspase el pecho.
 Todo convida á meditar: la noche
 El mundo envuelve en tenebroso velo;
 Y aumentando el pavor, quiebran las nubes
 De la luna los pálidos reflejos:
 El informe peñasco, el mar profundo
 Hirviendo en torno con medroso estruendo,

El viento que bramando sordamente
Turba apenas el lúgubre silencio,
Todo inspira terror, y todo adula
Mi triste afán y mi dolor acerbo.
La horrible magestad que me rodea
Lentamente descarga el grave peso
Que mi pecho oprimió: por vez primera
Se mezclan mis sollozos á mis ecos,
Y apiadado el destino dá á mis ojos
De una mísera lágrima el consuelo...
Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
Templa la sed del abrasado suelo,
Calmá la angustia, la mortal congoja
Con que batalla mi cansado esfuerzo;
Y en plácida tristeza absorta el alma,
No envidiará la dicha ni el contento.
Solo en el mundo, de ilusiones libre,
De vil temor y de esperanza ageno,
Encontraré la paz que vanamente
Me ofreció con su mágia el universo.
¿Qué importa que á mi planta mal segura
Aun falte tierra en que estampar su sello,
Y al carcomido escollo amenazando,
Me estreche el mar en angustioso cerco?
¿No me basto á mí mismo? ¿No me es dado
Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
Sentir mi corazon que quieto late,
Y el mundo contemplar con menosprecio?

Yo ví en la aurora de mi edad florida
Sus encantos brindarse á mis deseos:
Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
Anhela el hombre en su delirio ciego,
En torno me cercaron: officiosa
La amistad redoblaba mi contento;
La páfida ambicion me sonreía;
Me brindaba el amor su dulce seno...
Temí, temblé, me apercibí al combate,
Demandé á mi razon su flaco esfuerzo;
Y apenas pude en afanosa lucha
Rechazar tanto hechizo lisonjero.
¡Qué fuera, ó Dios, si al rápido torrente
Yo propio me arrojára! En presto vuelo
Pasaron cinco lustros de mi vida,
Y el cuadro encantador huyó con ellos;
Huyó, volví la vista, lancé un grito...
Y en vez de flores encontré un desierto.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Al pié nace de una cuna
El árbol de la esperanza;
Y al son del viento se mece,
Frágil cual trémula caña:
Solo un instante por dicha
Manso el céfiro le halaga,

Que el cierzo helado lo seca,
 Y el austro ardiente lo abraza.
 Crece, dá vistosas flores,
 Y el fruto rara vez cuaja:
 Cual tierna flor del almendro:
 Muere por nacer temprana.
 Cuanto mas alto se encumbra,
 Mas peligros le amenazan;
 Como el cedro que descuella
 Los rayos del cielo llama.
 Reposa el águila altiva
 En su copa soberana;
 Mientras insectos traidores
 Están royendo su planta:
 Hondas echa las raíces;
 Lejos estiende sus ramas;
 Y apenas dá escasa sombra,
 La Muerte su tronco tala.

EL RELOX DE ARENA.

¡Cuán rápida descende
 La arena ante mi vista;
 Y cada leve grano
 Lleva un mísero instante de mi vida!...
 Tardos los juzga el Tiempo,
 Y el curso precipita,

Y el frágil vidrio estalla
Entre las manos de la Muerte impía:

Al viento arroja el polvo
Con bárbara sonrisa;
Y amor, gloria, ilusiones,
Al borde de la tumba se disipan...

¿Dónde voló mi infancia,
Mi juventud florida,
Mis años mas dichosos,
Mis gustos, mis encantos, mis delicias?

Todo pasó cual sueño;
Todo finó en un día,
Cual flor que al alba nace
Y al trasmontar del sol yace marchita.

Mi corazón sensible
A la piedad divina,
A la amistad sincera,
Del amor á las plácidas caricias,
Abrió su incauto seno,
Exento de perfidia;
Y la maldad proterva
Clavó con sangre en él duras espinas...

¿Porqué, decid, crueles,
Desgarrais tan aprisa
La venda de mis ojos,
Que el fementido mundo me encubría?

Amar es mi destino,
Amar mi bien, mi dicha;

El cielo bondadoso
 Para amar me dió un alma compasiva:
 Si aborrecer es fuerza,
 Trocad el alma mia;
 Que el odio y la venganza
 En mi pecho jamás tendrán cabida...!A
 Así, Dios de clemencia,
 Mis súplicas recibas
 Con tu piedad, y enjugues
 Las lágrimas que riegan mis mejillas!

LA MUERTE.

Al borde está de una tumba
 La inexorable deidad,
 Mal ceñido el negro manto,
 Lívida la horrenda faz,
 Y la planta descarnada
 Sobre una corona real:
 En tablas de bronce y mármol,
 Carcomidas por la edad,
 Apoya el brazo siniestro
 Con terrible magestad,
 Y la historia de cien siglos
 Debajo borrada está.
 Reina en torno hondo silencio,
 Destruccion y soledad;

Como en el Averno Lago
 En que hasta el aire es letal,
 Ni al rededor nace yerba,
 Ni osan las aves volar.
 Ante sus ojos perenne
 Arde una luz funeral,
 Cual si la densa tiniebla
 Luchase por disipar;
 Mas apenas la vislumbra
 Entre sombras el mortal,
 Cuando su débil reflejo
 Se pierde en la eternidad !

AL SUEÑO.

Unico alivio del mortal infausto,
 Bálsamo dulce del herido pecho,
 Ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
 Lánguido cierra !
 Ven, y cobija con tus graves alas,
 Dios silencioso, mi apartado lecho,
 De amor un tiempo venturoso nido,
 Misero ahora.
 Goce adormido en tus tranquilos brazos,
 Al son del viento que las hojas mueve,
 O al sordo ruido de lejana lluvia,
 Plácida calma.

La hermosa imagen de mi dueño ausente
 Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
 Y el dulce néctar de su dulce boca
 Avido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido
 Turben, ó Sueño, mi feliz descanso;
 Ni de mi frente en el beleño escondas

Aspero abrojo.

MIS PENAS.

SONETO.

Pasa fugaz la alegre primavera,
 Rosas sembrando y coronando amores;
 Y el seco estío, deshojando flores,
 Haces apiña en la tostada era:
 Mas la estación á Baco lisonjera
 Torna á dar vida á campos y pastores;
 Y ya el invierno anuncia sus rigores,
 Al tibio sol menguando la carrera.
 Ya una vez y otra vez ví en mayo rosas,
 Y la mies ondear en el estío;
 Ví de otoño las frutas abundosas,
 Y el hielo estéril del invierno impío;
 Vuelan las estaciones presurosas...
 ¡ Y solo dura eterno el dolor mio !

INSCRIPCION
 PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO.

Detente, amigo, y dí: *blanda y ligera*
Esta tierra te sea: si es que puede
 Serlo nunca jamás tierra extranjera.

LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo
 Está la infeliz Dorila,
 Y en el aciago torrente
 Clavada tiene la vista.
 Al hijo de sus entrañas
 Perdió la triste en un mal día,
 Recuerdo de un caro esposo,
 Su único bien y delicia:
 Y de entonces la cuitada
 Ni sosiega ni respira,
 Secos de llorar sus ojos,
 Su débil razon perdida.
 Ya errante vaga en los bosques,
 Como cierva fugitiva;
 Ya inmóvil yacé en la yerba,
 Sin dar señales de vida.

Alzase luego azorada;
 Huye, vuelve, corre, grita;
 Acusa al cielo y la tierra;
 Desgarra pecho y mejillas...
 Mas tal vez ilusion breve
 Dé tregua á su amarga cuita;
 Teje una cuna de mimbres
 Y vivo al hijo imagina;
 Sobre la grama le mece,
 Con frescas flores le brinda,
 Y cariñosa le arrulla
 Con esta cancion sentida:
 « Duerme, tierno niño,
 Duerme, dulce amor,
 Mientras con las ramas
 Te guardo del sol:
 La rosa de mayo
 Te envidia el color;
 Los rubios panales
 Tan rubios no son.
 Duerme, tierno niño,
 Duerme, dulce amor,
 Alivio y consuelo
 De mi corazon:
 Por tí, hijo del alma,
 Por tí vivo yo;
 Así desde el cielo
 Te bendiga Dios!... »

Un quejido dió la triste
 Que el pecho se le partia;
 Y cuajáronse en sus ojos
 Las lágrimas suspendidas;
 Otra vez corre al torrente,
 Causador de su desdicha;
 Y con la cuna en los brazos
 Al fondo se precipita.

CANCION GUERRERA

con motivo del levantamiento de los griegos.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
 De la Patria la voz escuchad;
 Y rompiendo las viles cadenas,
 Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos
 Al nacer vuestros hijos sellar;

Aherrojar vuestros padres y hermanos,
 Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

Vuestro campo á otro dueño dá fruto;
 A otro dueño labrais vuestro hogar;
 Y pagais vergonzoso tributo
 Porque el aire podais respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:
 «¿De mis siervos el Dios dónde está?...
 Con blandir en el aire mi lanza,
 Al amago en el polvo caerá.»

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

Sangre inunda las aras divinas;
 Sangre miro los campos regar;
 Sangre empapan las tumbas y ruinas;
 Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿ Qué tardais?.. Al combate á la gloria!
 No hay ya medio; ó morid ó triunfad:
 Si os negáre el laurel la victoria,
 Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,

De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¡ Oh portento ! En los cielos ya brilla
 Del Señor la gloriosa señal:
 Del infiel se tronchó la cùchilla;
 Y ceñís la corona inmortal

CORO.
 Sangre corre en la tierra y el mar

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

O muerte ó libertad,
 O libertad!

Que traspasa el cielo y la tierra
 De gloria y de honor se corona
 El que se levanta en el mundo
 De la muerte y de la vida.

CORO.

De gloria y de honor se corona

DISCURSO MORAL

SOBRE LOS LIMITES DE LA RAZON HUMANA.

¡Cuán grande, Aurelio, se presenta el hombre,
No de indignas pasiones vil esclavo,
Como el cautivo en la africana costa
Al suelo con cien grillos amarrado,
Sino libre y audaz, con noble orgullo
Las alas de su mente desplegando,
De recorrer ansioso en raudó vuelo
La tierra, el cielo, el tiempo y el espacio!...
Al par abarca la creacion inmensa:
Sigue veloz el curso de los astros;
Puebla el mar, surca el aire, el globo mide;
Nueva senda al oriente busca osado;
Y apenas la descubre, otra ambiciona,
Y encuentra un mundo en el opuesto ocaso.
Aun aquellos estudios, caro amigo,
Que el ignorante vulgo juzga vanos,
Quizá en su seno la semilla encierran
De los frutos mas ricos y preciados;
Cual nacer suele corpulenta encina
De ruin bellota que arrojó el acaso.
El que observó la fuerza y el impulso
De impalpable vapor encarcelado,
Las alas de los vientos dió á la industria,

Movió sin ellos las pesadas naos;
 Y otro débil mortal, en pobre albergue
 De la ciega fortuna desdeñado,
 Al sacar de un cristal leve destello,
 Desarmó al cielo y le arrancó su rayo.

En nuestra propia edad, con nuestros ojos
 Tales portentos vemos: asombrados
 El campo contemplamos recorrido
 Desde la infancia del linage humano;
 Y otro mayor, sin límites, inmenso,
 Mas allá de los siglos columbramos!

¿Te envaneces, Aurelio?... Un breve instante
 Repliégate en tí mismo; y si te es dado
 Un misterio sondar, uno tan solo
 De tantos y tan íntimos arcanos
 Como en el hombre mísero se encierran,
 De tu débil razon muéstrate ufano.
 ¿Quién piensa en tu interior? ¿Qué fuerza mueve
 Tu voluntad, tu cuerpo, un solo brazo?
 ¿Dónde se alberga tu memoria? ¿En dónde
 Su imágen graban los objetos varios
 Que te circundan? La vejez, los males,
 ¿Cómo van el reflejo amortiguando
 De ese ser inmortal, hijo del cielo,
 Que no cabe del mundo en los espacios?
 ¿Dó estaba, al nacer tú? ¿Cómo á tus miembros
 Unirse pudo en tan estrecho lazo?
 ¿Quién lo desata luego? ¿A dónde vuela

Del sepulcro los límites salvando?...

Yo tambien, como tú, mancebo un día
De altivo pecho y corazón hidalgo,
Mi incomprendible ser penetrar quise,
De mi ciega ignorancia sonrojado:
Demandé á la razón su opaca antorcha,
La empuñé audaz, precipité mis pasos;
Mas al bajar á tan profundo abismo,
Faltóle el aire y se apagó en mi mano.

No empero desistí del loco empeño:
De mi flaca razón desconfiado,
Nueva senda tenté; recorrí ansioso
Las ruinas de cien pueblos celebrados;
Removí los escombros de los siglos,
El tesoro buscando de los sábios;
Y en pórticos, en templos, en liceos,
Solo encontré ceniza y polvo vano.

Una noche... (recuérdolo ya apenas,
Y aun me infunde tristeza el recordarlo)
Libre dejé vagar mi fantasía
Por lejanas regiones: de los magos
La oscura ciencia, como el mundo antiguo...
El saber del Egipto, al vulgo insano
Vedado siempre, y con tesson y audacia
Desde el Nilo á la Grecia trasplantado...
Roma pidiendo humilde á los vencidos
Leyes, aras, doctrinas... de Bizancio
Hirviendo el seno en frívolas disputas,

Mientras sus puertas rompe el otomano...
Error, delirio, vanidad, miseria,
El imperio del mundo disputando;
Y siempre el hombre, deslumbrado, ciego,
Corriendo tras un triste desengaño...
Al grave peso, á la mortal angustia,
Mi mente se rindió; torpe letargo
Se apoderó de mis cansados miembros;
Y aun zumbaba en mi oido un rumor vago,
Como al huir la horrísona tormenta
Retumba el trueno en el confin lejano.
«Oid la verdad, mortales!... Calla, aleve!
Yo la encontré!... Yo solo!... Error!... Engaño!...
Seguidme!... Vedla aquí!..... Muera el impío!...
Lejos, lejos del templo los profanos!...»
Y entre el ronco clamor gritos de muerte,
Y en la oscura tiniebla serpeando
Relámpago fugaz, que no alumbraba,
Y abrasaba los pueblos y los campos.
A las discordes voces y alaridos,
Al confuso tropel, á los estragos
Que con mis propios ojos ver creía,
Me faltó el respirar; secos mis labios,
En vano clamar quise: «deteneos;
Infelices, ¿qué haceis? ¿No sois hermanos?»
Ellos en su delirio proseguian;
Y al abismo bajaban despeñados
Los unos tras los otros, cual las olas

Se estrellan contra el límite vedado.

Mas al fin, en las márgenes del Sena,

De clara aurora el resplandor brillando,

Una sonora voz anunció al mundo

De la razon el siglo fortunado:

Grata esperanza rebosó en los pechos;

Olvidó el hombre su penar amargo;

Y esperó ansioso libertad, ventura,

Cual blanda lluvia los sedientos campos.

¡Vana ilusion! Usurpan las pasiones

De la razon el cetro soberano;

Y apiñando cadáveres y escombros,

En vez de altar le erigen un cadalso.

De víctimas culpadas ó inocentes

Allí corre la sangre en holocausto;

Y los mismos verdugos se proclaman

De la razon pontífices sagrados.

«No hay Dios (gritan impíos); en la tumba

La nada envuelve al justo y al malvado...»

Y al descargar la bárbara cuchilla,

Feroz sonrisa horrorizó en sus lábios.

Déjame al menos, deja que respire...

¡Ay! Tú no has sido, Aurelio, desdichado;

No sabes, no, qué bálsamo es al alma

El consuelo de un Dios, que seque el llanto

De tus ojos, que escuche tus suspiros,

Cuando te ves del mundo abandonado!

¡Gimes solo? El te vé; su acento es ese

Que responde á tu acento; él con su mano
 Tus hierros aligera; él te sostiene,
 En el mismo suplicio... Y si al amago
 De la muerte vacila tu constancia,
 Y atras vuelves el rostro con espanto,
 El ofrece piadoso á tu inocencia
 Eterna paz, inmarcesible lauro,
 Una patria mejor... donde no alcanza
 El brazo ni la voz de los malvados.

FANTASIA NOCTURNA.

«Para mí dá la tierra tantos frutos;
 Nada el pez, paca el bruto, el ave anida;
 Dos mundos ciñe el mar; luce la luna,
 Alumbra el sol, y las estrellas brillan...»
 Así en la humilde grama reclinado,
 Vuelta al cielo la frente envanecida,
 Soñaba el hombre, y de natura toda
 Señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
 Un águila caudal posaba altiva;
 Tal como ardiendo el rayo entre sus garras,
 Al pié de Jove se ostentára un día:
 «¿Quién como yo? (con su ademan clamaba)
 Las aves por su reina me apellidan:

Si me place abatirme hasta la tierra,
 Cruzo de un vuelo la region vacía;
 Y el rumor de mis alas al ganado
 Y al mísero pastor atemoriza:
 Si me place, remóntome hasta el cielo;
 Clavo en el sol la penetrante vista;
 Y la nube que aterra al débil hombre
 Miro bajo mi planta suspendida.»

Al pié del árbol mismo, entre la yerba,
 La luciérnaga apenas relucía;
 Mas no menos sus títulos de gloria
 Recordaba á la par desvanecida:
 «Los prados me dió el cielo por recreo,
 Las flores por morada y por delicia;
 Para mí sola el céfiro las abre,
 Las tiñe el sol, y el alba las rocía:
 Me apaciento en la tierra como el bruto;
 Las alas bato como el ave altiva;
 Doy luz al hombre, que camina á ciegas;
 Y alguna estrella mi esplendor envidia.»

Entre tanto los astros lentamente
 Por el cielo su curso proseguian;
 La tierra reposaba silenciosa;
 El mar en la ribera se dormía...
 Mas con un soplo el viento meció el árbol;
 Y al águila ahuyentó despavorida;
 Desgajóse una rama, y turbó el sueño
 Del que señor del orbe se creía;

Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojilla del árbol desprendida.

LA TORMENTA.

¡Hubo un día jamás, un solo día,
Cuando el amor mil dichas me brindaba,
En que la cruda mano del destino
La copa del placer no emponzoñara?
Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo
Para amarnos formó nuestras dos almas;
Mas con doble crueldad, las unió apenas,
Las quiso dividir, y las desgarró.
¡Cuántas veces sequé con estos lábios
Tus mejillas en lágrimas bañadas,
Tus ojos enjugué, y hasta en tu boca
Bebí ansioso tus lágrimas amargas!
Con suspiros tristísimos salían
Mezcladas, confundidas tus palabras;
Y al repeler mi mano con latidos,
Tu corazón desdichas presagiaba.
Todas, á un tiempo, todas se cumplieron!
Y si tal vez un rayo de esperanza
Brilló cual un relámpago, el abismo
Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.
¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos

Demandamos al cielo en noche aciaga,
 Cuando natura toda parecia
 En nuestro daño y ruina conjurada:
 La tierra nos negaba hasta un asilo;
 La lluvia nuestros pasos atajaba;
 Bramaba el huracan; el cielo ardía,
 Las centellas en torno serpeaban...

¡ Ay! ojalá la muerte en aquel punto
 Sobre entrambos el golpe descargára,
 Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento,
 Te sostuve en mis hombros reclinada.
 «¿Qué temes? Vuelve en tí; soy yo, bien mio;
 Es tu amante, tu dueño quien te llama;
 Ni el mismo cielo separarnos puede:
 O destruye á los dos, ó á los dos salva.»
 Inmóvil, muda, yerta, parecias
 De duro mármol insensible estátua;
 Mas cada vez que retumbaba el trueno,
 Trémula contra el seno me estrechabas;
 En tanto que por hondos precipicios,
 Casi ya sumergido entre las aguas,
 A pesar de los cielos y la tierra
 Conduje á salvó la adorada carga.

Hora ¡ ay de mí! por siempre separados,
 Sin amor, sin hogar, sin dulce patria,
 El peligro mas leve me amedrenta;
 La imágen de la muerte me acobarda:
 Ni habrá un amigo que mis ojos cierre,

Veré desierta mi fatal estancia;
 Y solo por piedad mano estrangera
 Arrojará mi cuerpo en tierra estraña.

HIMNO SACRO.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:

Al débil dá la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tú diste luz al vasto firmamento,
 Su asiento al mundo, su linderó al mar;
 Su trono al sol, sus alas diste al viento;
 Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:

Al débil dá la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tu diestra vierte el aura y el rocío;
 Conduce el truenó, el rayo en tempestad:

Dá pompa á Mayo, y mieses al Estío,
 Riqueza á Octubre, á Enero magestad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:

Al débil dá la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Sonó tu acento: y descubrióse el mundo.
Tus obras llenas de tu gloria estan;

La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo
Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:

Al débil dá la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Cual fuerte cedro encúmbrase el potente;
Su altiva cima al cielo toca ya:

Igual á tí proclamábase insolente,
Moviste el lábio...¿en dónde, en dónde está?

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:

Al débil dá la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Estalla y cruje un polo y otro polo,
 Al dar el Angel la postrer señal:
 Quedó el sepulcro despoblado y solo;
 Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil dá la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.
 Jehová!.. Jehová!.. Los cielos se estremecen;
 Cercado está de fuego y magestad:
 Mil siglos, mil, á un sopro desaparecen...
 El tiempo fué: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad;
 Al débil dá la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

CORO.



Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil dá la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL
SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,
Que inquieta hierve en pórticos y plazas,
Mientras la envidia, el odio y la calumnia
Para saciar la sed sangre demandan?...
Del tribunal las puertas se estremecen,
Del tropel á las récias oleadas;
Y hasta en los mismos templos de los Dioses
Con ahullidos se invoca su venganza !...

En tanto reclinado sobre el lecho,
Reflejando en la faz la paz del alma,
A sus caros discípulos y amigos
Por la postrera vez Sócrates habla:
Uno en el manto la cabeza envuelve,
Para ocultar sus lágrimas amargas;
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;
Y otro los ojos en la tierra clava.

Solo él tranquilo, plácido discurre;
La ingratitude perdona de su patria;
Y á sus fieles amigos aterrados
Consuela con dulcísimas palabras:
Mas allá del sepulcro ve un reflejo,
Que de su pecho alienta la esperanza;
Y con sereno rostro y labio puro

A la copa fatal la diestra alarga.

No son, Delio, los hierros mas pesados
Los que agena crueldad tal vez forjára;
Que libre el alma en la prision respira;
Y al justo los suplicios no acobardan:
Las cadenas mas graves y enojosas
Son las que el hombre con su mano labra;
Y esclavo de sus míseras pasiones
Con lento paso por el cieno arrastra.

Aquel mortal que aclama afortunado
El ciego vulgo en la soberbia estancia,
De mármoles bruñidos las paredes,
Los ricos muebles de luciente plata,
Tal vez envidia en la medrosa noche
El hondo sueño y la profunda calma
En que yacen sus siervos sumergidos,
Mientras á nuevo afan los llama el alba.

Sobre lecho de sándalo y de rosas,
En los brazos se mece de su amada
El muelle Sibarita: en sus oidos
Resuena el eco de lejana flauta;
Y en vaga nube aromas del Oriente
Al rededor los aires embalsaman...
Mas solloza infeliz: las mismas flores,
Si se doblan sus hojas, le maltratan;
Y al apurar la copa del deleite,
Prueba las heces en el fondo amargas.

¿Imaginas acaso mas dichoso

Al que respira del favor el aura ;
Y del poder alzándose á la cumbre ,
Una turba de esclavos ve á sus plantas ?
¡Qué ciego error! como traidora sierpe,
Para encumbrarse el pérfido se arrastra ;
Y hasta en el seno que le diera abrigo
Acecha el corazon y el dardo clava :
Suspira , teme , gime , se estremece ;
Su propia sombra cual rival le espanta ;
Y hasta en los muros mismos del palacio
Su sentencia de muerte ve grabada.

¿Dónde presumes se encontró el modelo
De los rudos tormentos, penas, ánsias,
Que del mortal la ardiente fantasía
En el profundo Tártaro soñára?...
La imagen de la tierra copió el hombre ;
Y con pavor y asombro retratadas
Vió en vez de Furias las pasiones mismas
Que con eterno yugo le avasallan.
Este á colmar aspira con metales
Ancho tonel sin fondo ; junto al agua
De sed expira aquel ; voraz envidia
Está royendo á esotro las entrañas ;
Mientras con vano afan á la árdua cumbre
Los mas conducen la pesada carga.

¡Cuán pocos, de su estado satisfechos,
Exentos de temor y de esperanza,
La paz del alma conservar procuran,

Cual sumo bien á que ninguno iguala!...
Solo en fácil y grata medianía
Disfruta el hombre dicha tan colmada,
Sin que el hado propicio le embriague,
Ni le rinda vilmente la desgracia:
En el lóbrego seno de honda mina,
De la tierra en las íntimas entrañas,
El esclavo infeliz alienta apenas,
Y su existencia, cual la luz, se apaga;
Mas si osado el mortal remonta el vuelo
Y en leve globo por los aires vaga,
En la etérea region se desvanece,
La vista pierde, el respirar le falta.

Yo tambien ¡ay de mí! débil juguete
Una vez y otra de la suerte vária,
Subí á las nubes y bajé al abismo,
Cual frágil nave en áspera borrasca;
Y al verme, Delio, solo y sin amparo,
Perdido el rumbo entre las ondas bravas,
La vista alzaba al cielo, y le pedia
Tranquilo puerto, venturosa calma.



EL HUERFANO.

Mientras el crudo diciembre
Arroja nieve y granizo,
Y del palacio las puertas
Conmueve el ábrego impío,
A su amparo en noche oscura
Se acoge un mísero niño,
Que abandonaron sus padres
Y no halla en el mundo asilo;
Ambas manos junto al pecho,
Tiembla de susto y de frío;
Y hasta el aliento le falta
Para demandar auxilio...
Jamás tuvo el inocente
Quien oyera sus suspiros,
Quien enjugase su llanto,
Quien le llamára su hijo!
En el hueco de unas rocas
Le hallaron recién nacido,
Sin más protector que el cielo,
Ni más padre que Dios mismo;
Solo Dios, que abre su mano
Para el tierno pajarillo,
Y hasta en el aura derrama
Las semillas y el rocío.

Huérfano desventurado,
 No llores tan afligido;
 Y llama á la misma puerta
 Que hora te sirve de arrimo:
 Llama otra vez, que su dueño
 En blando lecho adormido,
 En sueños vé los tesoros
 Que conducen sus navíos;
 Y no ha de ser tan cruel,
 Que al escuchar tus gemidos,
 Te niegue un pobre sustento,
 Te niegue un mísero abrigo.
 « Amparad piadosos
 A un niño infeliz;
 Y Dios os lo premie
 Mil veces y mil!
 Solo y desvalido
 ¡ Ay triste! nací;
 Que mi propia madre
 Me alejó de sí...
 Si madre tuvisteis,
 A Dios bendecid;
 Y en memoria suya
 Doléos de mí!
 Nunca una palabra
 Cariñosa oí;
 Llanto de mis ojos
 Por leche bebí...

Por Dios y su Madre,
 Piadosos abrid;
 Sino, á vuestra puerta
 Me vereis morir!
 Apenas estas palabras
 Sollozaba el huerfanito,
 Cuando dentro del palacio
 Sonó de un can el ladrido;
 Cien esclavos acudieron;
 Y amenazaron al niño,
 Si en mal hora el dueño adusto
 Despertaba á sus gemidos.

EL SEPULCRO DE HINDELBANK (1).

Era una tarde de agosto,
 Y ya el sol se iba escondiendo,
 La alta cumbre de los Alpes
 Dorando con sus reflejos,
 Cuando á un valle no lejano
 Bajé por agrio recuesto,
 Triste y angustiada el alma,
 Débil y rendido el cuerpo.

(1) En este pueblecto de Suiza (canton de Berna) se halla efectivamente un sepulcro tal como aquí se describe.

El sitio agreste, sombrío,
La soledad, el silencio,
El rumor de una cascada
Que resonaba á lo lejos,
En apacible tristeza
Mis pesares convirtieron;
Sentí mas leve mi planta
Y mas tranquilo mi pecho.
El ánimo embebecido
Vagaba en mil pensamientos,
Y libre el pié por el valle
Giraba con rumbo incierto,
Cuando sin yo apercibirlo
Me ví cercado de un pueblo,
Con sus rústicos hogares
En la llanura dispersos;
Por lo humilde y por lo pobre,
Por lo escondido y secreto,
Resguardado de los vicios,
Defendido de los vientos,
« Felices (clamé) mil veces
Los que á la suerte debieron
Nacer en este recinto,
Y morir donde nacieron!
Su patria su mismo hogar,
Estos montes su universo,
Su mar el vecino lago,
Y su tesoro su apero:

Jamás oyeron el nombre
De señores ni de siervos,
Ni la ambicion ni la envidia
Turbaron nunca su sueño:
Contentos los halla el alba,
El sol los deja contentos;
Y corre su mansa vida
Como este manso arroyuelo...

Al pronunciar estas voces,
Me hallé á las puertas de un templo,
Sencillo cual las costumbres
De aquel inocente pueblo;
No de mármoles labrado
Ostentaba el pavimento,
De bronce y jaspe los muros,
Ni la techumbre de cedro;
Pero en su pobre recinto
El ánimo más sereno
De la tierra se alejaba,
Y remontábase al cielo.
En el quicio me detuve,
Lleno de santo respeto;
Que hasta pavor me infundia
De mis pisadas el eco...
Mas al fin osé internarme;
Y ví un sepulcro entreabierto,
Por una mano piadosa
Cavado en el mismo suelo:

La piedra rota en pedazos,
 Como en el día tremendo
 En que, al son de la trompeta,
 La tierra abrirá sus senos;
 Y alzándose de la tumba
 De hermosa matrona el cuerpo,
 Que al dar la vida á su hijo,
 Ambos al par la perdieron.
 La infeliz madre parece
 Temer de la losa el peso,
 Y su mano la sustenta,
 Resguardando al niño tierno;
 Que es madre bien se conoce
 En el cuidado y afecto
 Con que le eleva en sus brazos,
 Y humilde le ofrece al cielo:
 «Tú, Dios mio, me le diste;
 A tí, mi Dios, lo devuelvo;
 Y el hijo de mis entrañas
 Gozoso vuela á tu seno!...»
 El inocente se muestra
 Alegre el rostro y risueño,
 Y por su madre parece
 Interceder con su ruego:
 En tanto que ella sumisa
 De Dios aguarda el decreto,
 Y el iris de la esperanza
 Le brinda paz y consuelo.

Inmóvil y silencioso

Permanecí largo trecho,

Cual si inquietarlos temiese

Con el soplo de mi aliento:

Vivos á entrambos veía,

Escuchaba sus acentos,

Y de terror religioso

Sentí embargados mis miembros...

Mas las sombras de la noche

Iban tan densas creciendo,

Que apenas ya consentían

Ni distinguir los objetos:

La madre y el tierno niño

En breve desaparecieron;

Y al borde yó del sepulcro,

La vista fija en su centro,

De la eternidad creía

Estar pisando el lindero.



EPÍSTOLA (1).

Desde las tristes márgenes del Sena,
 Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
 De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
 Salud te envia tu infeliz amigo,
 A tí mas infeliz!... y ni le arredra
 El temor de tocar la cruda llaga,
 Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
 Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera,
 Si no llorára el hombre?... Yo mil veces
 He bendecido á Dios, que nos dió el llanto
 Para aliviar el corazon, cual vemos
 Calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora pues, llora: otros amigos fieles,
 De mas saber y de mayor ventura,
 De la estóica virtud en tus oidos
 Harán sonar la voz; yo que en el mundo
 Del cáliz de amargura una vez y otra
 Apuré hasta las heces, no hallé nunca
 Mas alivio al dolor que el dolor mismo;
 Hasta que ya cansada, sin aliento,

(1) Se incluyó esta composicion en la *Corona fúnebre*, publicada en el año de 1850 por el excelentísimo señor duque de Frias, con motivo del fallecimiento de su Esposa.

Luchando el alma y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo
En que, gastados del dolor los filos,
Ese afán, esa angustia, esa congoja,
Truécanse al fin en plácida tristeza;
Y en ella absorta, embebecida el alma,
Replégase en sí misma silenciosa,
Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea; y yo otras veces
Lo dudé como tú: juzgaba eterna
Mi profunda aflicción, y grave insulto
Anunciarme que un tiempo fin tendría...
Y le tuvo: de Dios á los mortales
Es esta otra merced; que así tan solo,
Entre tantas desdichas y miserias,
Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera pues: dá crédito á mis voces,
Y fiate de mí... ¿Quién en el mundo
Compró tan caro el triste privilegio
De hablar de la desdicha?... En tantos años,
¿Viste un día siquiera, un solo día,
En que no me mirases vil juguete
De un destino fatal, cual débil rama
Que el huracán arranca, y por los aires
La remonta un instante, y contra el suelo
La arroja luego y la revuelca impío?...

Lo sé: contra los golpes de la suerte,

Cuando solo en nosotros los descarga,
El firme corazon opone escudo;
Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
Que no he perdido nunca á quien amaba
Mas que á mi propia vida?... Si un momento
Te dá tregua el dolor, vuelve los ojos
A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
Solo en el mundo, sin tener ya apenas
A quien llorar... que á todos en la tumba
Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estacion (¿vés? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron, de consuno
Pronunciando mi nombre, que á lo lejos
Sonó en mi corazon, no en mis oidos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano:
La fatal losa á entrambos cobijaba;
Y para colmo de pesar y angustia,
Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos
En tu grave afliccion... Aunque rebelde
Se vuelva contra mí tu pena misma,
Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
Que no aduló jamas á la fortuna,
Ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia

Hallaste mil consuelos, que la suerte
Cruelmente me negó: viste á tu Esposa
Y la cuidaste en su dolencia extrema;
Tú recibiste su postrer suspiro;
Tú estrechaste su mano; tú la viste
Tender á tí los brazos, y cuál prenda
En los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho; renovando
Ante tu vista la funesta imágen
De la noche fatal en que aun luchaba
La vida con la muerte... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos,
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló al morir en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces
Nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante, en que lamentas
De tu mísera Esposa el fatal hado,
¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa
No esté gozando de eternal ventura?...
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
Dejas caer!... No calles, no; responde:
Sondea, si te atreves, el abismo
Que de tu amada Esposa te separa;
Cruza la eternidad; y luego díme

En dónde está, si es mísera ó dichosa,
Si pide luto ó parabien.

No ha mucho
(A tí contarlo puedo; alegres otros
Riieran de mi triste desvarío),
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres; y á Pompeya
La débil planta absorto dirigia...
Fuentes, jardines, quintas y palacios
A mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba mas hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazon... las flores
Entre lava nacian; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algun dia,
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fué un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha vía:
A su arrimo descansa el pasajero;
Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
A las puertas tocaba; y en su linde
El vacilante pié se detenia,
Cual si temiese profanar osado
La mansion de los muertos.—Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pié los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
El mundo ante mis ojos parecía,
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
Asomaba á mis lábios, recordando
La ambicion de los hombres, sus venganzas,
Sus proyectos sin fin: un breve soplo
Sus bienes y sus males como el humo
Disipa; y la ceniza á cubrir basta
Una inmensa ciudad, cual leve polvo
Cubre un vil hormiguero...

Así abismado
En tristes reflexiones, recorría
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros:
Los lazos que me ataban á la tierra
Aflojarse sentia; y libre el alma
Lanzábase, dejando atras los siglos,
Al espacio sin límites... ¡Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
A aquella inmensidad! De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarían
Esas copiosas lágrimas que viertes;

Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tú lloras; tú que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede
Volverte á unir á tu adorada Esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés; y su recuerdo
Tu corazon anime; y en tus lábios
Resuene siempre su apacible nombre...
¡ Ni cómo de tu Esposa olvidarias
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hácia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siémprevivas; y los ojos
Apenas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpétua pena
Que de tu Esposa las cenizas guarda...
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano pobre y desvalido
De que fué tierna madre, los que un dia
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas, silenciosos, mustios,
Tus pasos lentamente van siguiendo,

Y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?
 Suyos son los tristísimos sollozos,
 Suyas las quejas y el confuso llanto
 Qué interrumpen las fúnebres plegarias...
 Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
 Ni una flor que enviarte: que las flores
 No nacen entre el hielo; y si naciesen,
 Solo al tocarlas yo se marchitarán.

DISCURSO MORAL

SOBRE LA TEMPLANZA EN LOS DESEOS.

¿**D**e qué se queja, Arnesto, el débil hombre,
 Si su menguada condicion olvida;
 Y sin límite esplaya sus deseos,
 Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...
 Nace llorando en angustiosa cuna,
 Y largo tiempo con afán respira;
 Amparando su frágil existencia
 De una madre el amor y las caricias:
 Como sueño fugaz vuela su infancia,
 Sin que acierte á gustar su breve dicha;
 Y apenas ya garzon saluda ufano
 La grata primavera de la vida,
 El propio acorta el término á sus bienes,
 Y cuanto toca con su ardor marchita.

De una ilusion en otra, de un delirio
Precipitase en mil; ansia, suspira,
Corre con loco afan, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva;
Y al ir ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.

Así agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces dias;
Y los granos de arena cuenta ansioso
Que miden los instantes de su vida;
Mientras de males y dolor cargada
La vejez lentamente se avvicina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus pies la tumba mira.

¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo
Que el breve espacio con sus ojos mida;
Y el ímpetu modere y el aliento,
Con la meta fatal siempre á la vista?...
Corren los unos á estrellarse ciegos;
Con gesto y voz aquellos los animan;
Y otros los siguen, y otros los empujan;
Y todos á la par se precipitan....

Labra en arena su ventura el hombre:
Y segura y eterna la imagina;
Sin reparar en la funesta playa
Las rotas naves y recientes ruinas:
Como al pié mismo del Vesubio ardiente
Cercas, hogares, pueblos se fabrican

De otros pueblos con míseros escombros,
Con la tostada lava apenas tibia!

Aunque la ciega suerte muestre acaso
La engañadora faz grata y propicia,
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,
Que disfrute el mortal dicha cumplida:
El goce de los bienes mas ansiados
De otros mayores el afan excita;
Y apenas á una cumbre asciende el hombre,
Otras mas altas sobre sí divisa:
Cual el viagero en los fragosos Alpes
Cien y cien montes trepa con fatiga;
Y cuando sueña el término cercano,
Vé allá en los cielos la nevada cima.

En frágil tabla al piélago sañudo
Se arroja el mercadante: hogar, familia,
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,
A la sed de riqueza sacrifica;
Sin que le asombre la distancia inmensa,
El hondo mar, el ignorado clima,
Ni pestilente fiebre que le aguarda
Cual triste nuncio en la fatal orilla.
Llega, corre, se afana, de mil siervos
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;
De avara acusa el mísero á la tierra,
Y estéril halla la opulenta mina.

Arbitro de la Grecia, en régio trono
El hijo de Filipo se vió un dia;

Y en tan estrechos límites se ahoga,
Y estiende victorioso sus conquistas:
Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;
Cien y cien reyes doblan la rodilla;
Y al llegar á los términos del mundo,
Aun halla estrecho el ámbito y suspira.

¿Pero á qué en el torrente de otros siglos
Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,
Cuando á mirarlas con los propios ojos
Nos condenó á los dos la suerte impía?
Al abrirlos al sol por vez primera,
Temblaba ya la tierra estremecida;
Y al pasar la niñez en leves juegos,
A raudales la sangre se vertía;
La juventud en vano lisonjera
Nos brindó con amores y delicias;
Mientras la voz de la afijida patria
Ahogaba en nuestros pechos la alegría,
Y en vez de amenos prados, solo vimos
A hierro y fuego yermas las campiñas.

¿Mas qué fué del mortal que allá en su mente
El destino del Orbe revolvió,
Y árbitro de la suerte y la victoria
La tierra un tiempo le aclamó sumisa?
El eco de su nombre llenó el mundo,
Cuando apenas sus pálidas mejillas
El bozo sombreaba; y en los Alpes
Borró las huellas que dejára Anibal.

Venció, tornó á vencer, domó la Italia:
Llevó despues al Nilo sus insignias;
Y al imperio aspiró del rico Oriente
Por los tristes desiertos de la Siria.
Mas revolvió la vista hácia su patria,
Que desgarraba sus entrañas mismas,
Y el corazon latiéndole en el pecho,
A su ambicion el lauro pronostica:
Voló, llegó, paró con fuerte diestra
El carro que al abismo ya corria;
Mas le cargó de grillos y cadenas,
Y un monte de trofeos le echó encima.
En su cumbre asentado, vió á sus plantas
Una diadema en sangre humedecida;
Y la recoge audaz, su frente ciñe,
Y á la Europa aterrada leyes dicta.

Búscale ahora, búscale, si puedes,
En el estrecho hogar de estéril isla,
Cual leve punto en el espacio inmenso,
En el seno del piélago perdida....
Mírale, él es, Arnesto: solo, inmóvil
Sobre una roca en la desierta orilla,
Quién vió á sus piés postradas cien naciones
Y cien coronas en el polvo hundidas,
Ve crecer y llegar las récias olas,
Que amenazan su planta estremecida;
Y apenas á su mísero sepulcro
Asilo y paz concederán un dia!

LA VUELTA A LA PATRIA.

(Granada, 27 de Octubre de 1831.)

Amada patria mia,
Al fin te vuelvo á ver!.. Tu hermoso suelo,
Tus campos de abundancia y de alegría,
Tu claro sol y tu apacible cielo!...
Sí: ya miro magnífica estenderse
De una y otra colina á la llanura
La famosa ciudad; descollar torres
Entre jardines de eternal verdura;
Besar sus muros cristalinos rios;
Su vega circundar erguidos montes;
Y la Nevada Sierra
Coronar los lejanos horizontes.
No en vano tu memoria
Do quiera me seguia;
Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
El corazon y el alma me oprimia!
Del Támesis y el Sena
En la aterida márgen recordaba
Del Dauro y del Geníl la orilla amena;
Y triste suspiraba;
Y al ensayar tal vez alegre canto,
Doblábase mi pena,
Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso

Me ofreció en balde su feraz recinto,

Esmaltado de flores,

Asilo de la paz y los amores:

«Mas florida es la vega

Que el manso Genil riega;

Mas grata la morada

De la hermosa Granada...»

Y tan sentidas voces

Murmuraba con triste desconsuelo;

Y el hogar de mis padres recordando,

Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor mas me aplacia

De agreste sitio el solitario aspecto;

De las ciudades azorado huia,

Y ansioso, palpitante,

Los escabrosos Alpes recorria;

Mas su nevada cumbre

No tan viva y tan pura reflejaba

Del sol la clara lumbre

Cual la Nevada Sierra,

Cuando el astro del dia

Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas,

Sus calles silenciosas,

Sus pórticos desiertos,

De yerba ya cubiertos,

Mi profundo pesar lisongeaban;

Y graves reflexiones
En mi agitada mente despertaban:
¿Qué vale el poder vano
Del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
La suerte se complace;
Y las obras que eternas juzga el hombre,
Con un soplo deshace...
Por el rastro de escombros junto al Tíber
Hoy busca el caminante
Del sumo Jove la ciudad triunfante:
Rompe el arado la fecunda tierra
Que cual lóbrega tumba
Los sacros restos de Herculano encierra;
Y si Pompeya en pié mira sus muros,
Los siglos carcomieron su cimiento;
Y al respirar el viento,
Tiemblan sobre su planta mal seguros.

Así en mi juventud yo ví las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruína inminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo apresuró de su caída;
Y del antiguo Alcázar soberano,
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un día ni hallarán mis ojos

Los míseros despojos...
A tan funesta imágen, en el pecho
Mi corazon se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al pié de los sepulcros me postraba.....

¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto,
Oh pátria, oh dulce nombre,
Tan grato siempre al hombre?

El tostado africano,
Lejos tal vez de su nativa arena,
Con pesar y desden los prados mira,
Y por ella suspira:

Hasta el rudo lapon, si en hora infausta
Se vió arrancado del materno suelo,
Envidia y ánsia las eternas noches,
Los yertos campos y el perpétuo hielo;
Y yo, á quien diera la benigna suerte
Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
Y crecer en tu seno,
De tantos bienes lleno;
Yo triste, ausente de la patria mia,
De tí me olvidaria!

En las ásperas costas africanas,
Al náufrago inhumanas,
Yo tu sagrado nombre repetia;
Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas:
En el polo apartado

Oyólo de mi lábio el mar furioso,
Por el teson del Bátavo enfrenado;
Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
El alto Pirineo, el Apenino;
Y del Vesubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco (1).

(1) Alude este pasage á haber penetrado el autor dentro del cráter del Vesubio, en la madrugada del día 7 de abril de 1824.



FRAGMENTOS

DE

UN POEMA.

EL AGUIERO

NOTA. Hace no pocos años emprendí la composición de este poema, que ni concluí entonces ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar cada uno de por sí un cuadro completo y distinto.

 FRAGMENTO PRIMERO.

Aparécese una Vision al conde Pedro Navarro, hallándose en el palacio de la Alhambra, y le exhorta á guerrear contra el Africa.

En el soberbio alcázar mahometano
 Del pérfido Boabdil dejado apenas,
 Cuando cayó del trono soberano
 Despeñado á las líbicas arenas,
 Reposaba el caudillo castellano,
 Dando trégua del mando á las faenas;
 Y ya batiendo el sueño el ala grave,
 Le rociaba con bálsamo suave:

Cuando á un tiempo sonó de ronco trueno
 El fragor por tres veces repetido;
 Turbóse el aire á la sazón sereno,
 Con ráfagas ardientes encendido;
 Y la tierra sintió su íntimo seno
 Por opuestos vaivenes combatido,
 Cual vacilan inciertas las montañas
 Al arder del Vesubio las entrañas.

Temblaron los magníficos salones,
De mármol, oro y nácar fabricados,
Con versos y amorosas inscripciones
Cual filigrana arábica labrados;
Crujieron los soberbios artesones
En cien y cien columnas sustentados,
Arrancándose al ímpetu violento
Los mosaicos del rico pavimento.

Tranquilo el Adalid en tanto sueña;
Y al lado de su amada se imagina,
Que con grato ademán y faz risueña
Hechizo añade á su beldad divina;
Mas cuando el Conde en abarcar se empeña
La levísima imágen peregrina,
Puso fin á tan vano pensamiento
Raro prodigio, singular portento.

Abrirse vé bajo su misma planta
La tierra de ambos polos sacudida;
Sulfúrea niebla, que la vista espanta,
La imágen le arrebató apetecida;
Y en medio de los aires se levanta,
Sobre un grupo de nubes sostenida,
Adusta Diosa cuya sombra crece
Y allá en los cielos penetrar parece.

A la invencible Palas se asemeja
 Con noble manto y bélicos arneses;
 Rojo el redondo escudo al sol refleja,
 Cual ígneo globo en los estivos meses;
 Con soberbio desden á sus pies deja
 Rotas lanzas, banderas y paveses;
 Y el reluciente yelmo de diamante
 La magestad redobla del semblante.

«¡Y así (le dice) en ócio vergonzoso,
 De amor arrastra la fatal cadena
 Quien tantas veces se ostentó brioso
 Cual nuevo Cid en la sangrienta arena;
 Y á tiempo que tu nombre victorioso
 Del mundo por los ámbitos resuena,
 La espada y lanza de tu lado arrojas,
 Y el sacro lauro de tu sien deshojas!...

«No basta que ya España el claro nombre
 De gente en gente estienda sin mancilla,
 Coronando sus triunfos y renombre
 Del manso Dauro en la fecunda orilla;
 Ni que gloriosa al universo asombre,
 Libre ya el cuello de la infiel cuchilla;
 Que en vez de yugo, el cetro peregrino
 Guarda á su diestra el próspero destino.»

«Mira á Colon, del viento combatido,
 Con pocas naves náufragas y solas
 En no surcado mar desconocido,
 Romper el seno á las hinchadas olas;
 El valladar de Alcides destruido,
 Ensancharse las costas españolas;
 Y cediendo á su esfuerzo sin segundo,
 Crecer los mares y doblarse el mundo.»

«¿Qué importa que la suerte rigurosa
 Una vez y otra vez se oponga acaso,
 Y con llanura inmensa, procelosa,
 Las sendas borre al temerario paso?
 La castellana enseña victoriosa
 Lleva Colon al escondido ocaso;
 Y el sol hasta en su término postrero
 Oye absorto aclamar el nombre Ibero.»

«Mas en tanto que al héroe sobrehumano
 Un Nuevo Mundo atónito proclama,
 Vuelve, ó Conde, la vista al Lusitano
 Que alcanzó en el Oriente eterna fama:
 «La tierra, el cielo, el mar luchan en vano
 Contra un débil mortal (osado esclama):
 Yo, arrostrando el rigor de la fortuna,
 Sorprenderé del sol la misma cuna.»

«Y mírale en la quilla mal trabada,
 Nueva senda buscando al rico Oriente:
 En vano por mil siglos respetada,
 La undosa espalda el yugo no consiente;
 En vano de tormentas coronada
 El árduo Promontorio alza la frente;
 Visita al Chino en su region distante,
 Y une el índico golfo al mar de Atlante.»

«Si los prodigios de inmortal memoria
 Que la presente edad ostenta ufana,
 Tu pecho encienden en amor de gloria,
 Ultimo linde á la ambicion humana,
 Del alto templo la imparcial historia
 Te señala la cumbre soberana,
 Y la senda que intrépidos hollaron
 Los que el Asia y la América hermanaron.»

«De borrascoso ponto antemurada,
 Con escollos y montes guarnecida,
 El Africa feroz levanta osada
 La cerviz, largos siglos no vencida;
 Y en solo un lustro apenas quebrantada
 Por el brazo español, mas no abatida,
 Aguarda un héroe que le imponga el yugo:
 Que así al destino en sus arcanos plugo.»

«Fronteriza á la costa en que sin freno
 Guadalmedina ensancha su corriente,
 Y de arena cubriendo el campo ameno,
 Puentes, diques ni márgenes consiente;
 Allende el vasto mar en cuyo seno
 Hunde veloz la entumecida frente,
 En la africana playa tiene asiento
 Noble ciudad de antiguo fundamento.»

«El arado romano abrió la tierra
 En que estriban sus muros orgullosos:
 Con las olas el mar la entrada cierra
 A estraños enemigos belicosos;
 En torno la defiende erguida sierra
 Del embate de vientos procelosos;
 Y el hondo río, que sus puertas baña,
 De verdor cubre la feraz campaña.»

«Roto el yugo del Vándalo y Romano,
 Propio señor con su poder sustenta,
 Que á los campos del Rif y al mar cercano
 Estiende el cetro y su grandeza ostenta:
 Tiembla á su nombre el mísero cristiano,
 Y de la costa bárbara se ahuyenta;
 Que el terror de espantoso cautiverio
 Llevó al mundo la fama de su imperio.»

«De antemural le sirve y de atalaya
 A la fuerte ciudad inmensa roca,
 Que defendiendo la vecina playa,
 Al mar insulta, al ábrego provoca;
 De oriente á ocaso rápida se resplaya
 La altiva cima que á los cielos toca;
 Y la deforme, carcomida planta
 De las olas el ímpetu quebranta.»

«Rudo escollo del piélagó ceñido
 Ni flor, ni yerba, ni árboles consiente;
 Jamas abrió su seno empedernido
 A puro arroyo ó cristalina fuente;
 Ni oyó en la noche el plácido gemido
 De enamorada tórtola inocente,
 Ni vió jamas sobre el desnudo risco
 Saltar el corderillo en el aprisco.»

«Solo cruza su cima pavorosa
 Con fugaz ala el buitre carnicero;
 Solo busca su planta cavernosa
 En la tormenta el tiburón roquero;
 A su amparo se esconde cautelosa
 La presta nave del pirata fiero;
 Y el náufrago descubre á un tiempo mismo
 El escollo, los hierros, el abismo.»

«Vé, vuela, ó Conde, y con osada mano
 Del rudo Escollo la altivez enfrena:
 Tiemble al rumor el Arabe inhumano,
 Aun mal seguro en su desierta arena;
 La orgullosa ciudad mire cercano
 El férreo yugo y la servil cadena;
 Y el negro espanto que en sus muros cundá
 Por el Africa toda se difunda.»

Dijo: y cual suele boreal aurora
 Bañar el polo en apacible lumbré,
 Que el albo campo con sus rayos dora,
 El mar de hielo y la nevada cumbre;
 Y luego de su luz consoladora
 Deja apenas la pálida vislumbre,
 Que vagando levísima en el viento,
 Va á perderse en el alto firmamento:

Así desapareció la sacra Diosa;
 Y el puro resplandor de su faz bella
 Reflejaba en la esfera tenebrosa
 Cándida luz de matutina estrella;
 Mas alzando la frente respetosa,
 Columbró el Conde la celeste huella;
 Y al punto la Deidad en raudó vuelo
 Cruzó el espacio y remontóse al cielo.

Lo vé, grita, despierta, y pavoroso
Tres veces toca con sorpresa el pecho;
Tres veces duda, y lleva receloso
La incierta mano al palpitante pecho;
Y agitado del sueño portentoso,
Aun mal de sus sentidos satisfecho,
No fué parte á calmar su fantasía
La fresca aurora del cercano día.

Del sol apenas el fulgor primero
Por los labrados arcos penetraba,
Cuando impaciente el ínclito guerrero
Por los régios alcázares vagaba:
En su armadura de bruñido acero
Tal vez los tristes ojos enclavaba,
Arrancando de largo en largo trecho
Hondos sollozos del hirviente pecho.

En el ánimo inquieto revolvía
Los recuerdos del sueño prodigioso,
Y el anuncio fatídico creía
Dictado por el cielo misterioso:
Ya á la heróica demanda apercibía
Con noble aliento el brazo valeroso,
Anhelando eclipsar con su denuedo
El renombre del ínclito Gofredo;

Ya la dulce memoria de su Elvira
 La triunfadora diestra desarmaba,
 Trocando en torpe ardor la noble ira
 Que el corazón magnánimo inflamaba;
 Débil solloza y mísero suspira
 El que al Africa toda amenazaba;
 Cual si de Armida en la mansión amena
 De Reinaldo arrastrase la cadena.

Mas instable que mar tempestuoso
 Siente el Conde su vago pensamiento;
 Ora incierto, ora altivo, ora dudoso,
 Ya tímido, ya osado, ya violento;
 Ya de Elvira recuerda el rostro hermoso,
 Ya del templo inmortal el alto asiento;
 Hasta que al fin aserenando el alma,
 La severa razón logró la palma.

¡Ay de la triste que en tranquilo sueño,
 Al son de blanda música adormida,
 Creyó en los brazos de su dulce dueño
 Verse al abrir los ojos sorprendida!
 Resuelto el Conde á su glorioso empeño,
 Ordena al punto la veloz partida;
 Y convoca á los ínclitos guerreros,
 De sus riesgos y triunfos compañeros.

FRAGMENTO SEGUNDO.

Junta de capitanes, en la cual resuelven llevar á cabo la expedición propuesta por el Conde.

En la régia, magnífica armería
 En que su gloria Ilíberis ostenta,
 Con noble magestad y gallardía
 El Conde á los caudillos se presenta:
 Bajo la alzada cúpula sombría
 Entre instrumentos bélicos se asienta;
 Y con grave ademan y voz severa
 Les comenzó á decir de esta manera:

«Ilustres compañeros de mi suerte,
 Baldon y torpe injuria reputára;
 Si á vencer ó morir con pecho fuerte
 En habla artificiosa os animára:
 Si la victoria próspera ó la muerte
 La inconstante fortuna nos depara,
 Con igual paso de la gloria al templo
 No os llevará mi voz, sino mi ejemplo.»

«Mas vivimos, y aun hay quien nos afrente
 Y el nombre insulte de la madre España;
 Respiramos, y aun hay quien insolente
 La mar infeste que sus costas baña:
 Mengua fuera sufrirlo bajamente;
 Correr al desagravio es leve hazaña;
 Si honra y patria nos llaman á porfía,
 Acudir es deber, no bizarría.»

«Humean nuestros campos, nuestros lares,
 Por enemigo bárbaro incendiados;
 Cautivos pueblan los inmensos mares,
 Al banco y duros remos amarrados;
 Mientras libre y tranquilo en sus hogares,
 Al hierro y á las llamas nunca dados,
 Cadenas forja el árabe inhumano
 Para oprimir el cuello castellano.»

«Del Africa en los lindes comprimido,
 Dentro del mar osado se adelanta,
 En altísimo escollo guarecido,
 Jamas hollado de estrangera planta:
 De inmenso foso en torno defendido,
 Nuestras naves insulta, al orbe espanta;
 Y cual marino lobo en honda cueva,
 La presa acecha en que sus garras ceba.»

«¿Mas qué vale por foso el ancho lago,
Por fuerte amparo el Africa vecina?
Antes que sienta el formidable amago,
Con sangre llore su exterminio y ruina:
Asombrada presencie el fiero estrago
La orgullosa ciudad que al Rif domina;
Y la bárbara Libia mire abierto
Fácil camino al árido desierto.»

«Yo á la gloriosa lid al punto vuelo:
Ni obstáculos ni tregua ni tardanza,
Cuando la amada patria en triste duelo
Con su voz nos provoca á la venganza;
Ya tiende ante mi vista el fausto cielo
El iris de la próspera esperanza;
Y antes que el sol tres veces nos alumbre,
Veré de Gibralfaro la alta cumbre.»

«A su abrigo y amparo guarecida
Del embate de duros aquilones,
En el tranquilo puerto nos convida
La armada de veleros galeones:
Allí la invicta hueste apercebida
Desplegará los ínclitos pendones,
Que han de ostentar en la africana orilla
Las armas de Aragon y de Castilla.»

«No ha de decir el vulgo malicioso
 Que el oro ansiamos de opulenta mina,
 La púrpura oriental y ámbar precioso,
 El diamante y la perla peregrina;
 No dirá, cual de Gama valeroso,
 Que ansiamos los tesoros de la China,
 Y que en vano en su seno los encierra
 El hondo mar ó la profunda tierra.»

«Hierro el Africa ofrece en sus arenas,
 Hierro en sus altos montes escarpados,
 Hierro en sus naves, hierro en sus cadenas,
 Hierro en sus hijos á la lid armados:
 Contra tigres, leones, pardas hienas,
 El hierro esgrimiremos esforzados;
 Y el agua que con hierro conquistemos,
 Teñida en nuestra sangre beberemos.»

«No nos espera el laso Americano,
 En el pendiente lecho remecido,
 Tras brillante oropel y vidrio vano
 Hacia el yugo corriendo embebecido;
 Ni quien mónstruo repunte sobrehumano
 Al caballo y ginete todo unido,
 Y en ciego error y femenil desmayo
 Confunda al vil mosquete con el rayo.»

«El que en mil años de continúa guerra
 Domó al Africa y Asia juntamente,
 Amagó á Europa, amedrentó la tierra,
 Oprimió con su armada el mar potente,
 Ya de su propio hogar la entrada cierra
 Contra el furor del español torrente,
 Y á nuestros pies rindiendo su corona,
 Vencedores del mundo nos pregona.»

Grato murmullo en la soberbia estancia
 Del Conde invicto respondió al acento;
 Y del próximo triunfo la esperanza
 Infunde á los caudillos nuevo aliento:
 De tomar contra el árabe venganza
 Repiten á una voz el juramento;
 Y al recordar de España las cadenas,
 En santa indignacion arden sus venas.

Como suele tal vez del mar rizado
 Alzar la luna su apacible frente,
 Y al blando influjo en un breve serenado
 Se torna de cristal resplandeciente;
 Asi calma al concurso entusiasmado
 Alzándose Aguilar pausadamente,
 Varon de autoridad, caudillo viejo,
 Bravo en la lid, sesudo en el consejo.

El nevado cabello descubria
De fresco y verde lauro entrelazado,
Y en la robusta lanza sostenia
El cuerpo de los años agoviado:
Al venerable Néstor parecia,
De los príncipes griegos rodeado;
Y haciendo al Adalid grave mesura,
Así dice con voz clara y segura:

«Aunque no alhague al ánimo lozano,
Bien merece, caudillos valerosos,
El prudente consejo de un anciano
Escucharse de jóvenes briosos:
Ver de la vida el término lejano
No deshonra á soldados animosos;
Que don fué solo de propicia suerte
Vencer mas riesgos sin hallar la muerte.»

«De mi verdad testigo sabe el cielo
Que, al tranquilo sepulcro ya cercano,
Por postrera merced tan solo anhelo
Perder la vida con la lanza en mano:
Y si empapé en mi sangre el patrio suelo
Por ensalzar el nombre castellano,
Mas gozoso la sangre de mis venas
Del Africa vertiera en las arenas.»

«Tanto disto, mancebos generosos,
 De aconsejaros tregua ó paz villana
 Con los que en guerra hieren alevosos
 Y en paz cautivan con cadena insana;
 Mas si tronchar sus hierros ominosos
 Fué grave empresa á la constancia hispana,
 No por lucir el temerario arrojo,
 Del cielo provoquemos el enojo.»

«Lidiar con hombres, aterrar las fieras,
 Desafiar la furia de los vientos
 Con leve lino y frágiles galeras,
 Contrastar los sañudos elementos,
 Sorprender al alarbe en sus riberas
 Debelar sus ejércitos sangrientos
 Y domeñar á bárbaras naciones,
 Digno es de vuestro esfuerzo, campeones.»

«¿Mas qué furor, qué gloria, qué esperanza
 Allí nos lleva con arrojo impío
 Donde el airado cielo en su venganza
 La lluvia niega y plácido rocío;
 Donde el sol encendido rayos lanza
 Contra el árido escollo en largo estío,
 Y el mísero mortal, del mar cercado,
 Maldice al cielo en sed atormentado?»

«¿Allí donde jamás el ave anida,
Ni se arrastra el reptil, ni el bruto pace,
Ni la fiera voraz busca manida,
Ni crece el árbol, ni la yerba nace;
Y en triste afán, cansado de la vida,
El cautivo infeliz postrado yace;
Y la móvil arena y roca dura
Aun le niegan tranquila sepultura?»

«No, intrépidos amigos, no violemos
La eterna ley del hado envanecidos:
Al corazon del Africa lleguemos,
Arrollando sus pueblos aguerridos;
La Europa á nuestras plantas humillemos;
Nuevos mundos busquemos atrevidos;
Mas no osemos llevar los patrios lares
A rudo escollo en turbulentos mares.»

«Sufra tambien la mar nuestra coyunda
(El Conde le interrumpe): luce, brame,
Y el escollo batiendo furibunda,
Su independenciam y libertad reclame:
Por su rebelde espalda se difunda
El eco triunfador que á España aclame;
Y mal su grado en las inquietas olas
Refleje las banderas españolas.»

Sí, volemos, caudillo valeroso
 (El fiero Ponce arrebatado exclama):
Que en tu frente relumbra prodigioso
El sacro fuego que tu pecho inflama.—
Sigamos su estandarte victorioso!
 El inmenso concurso á un tiempo clama;
 Y en son confuso, que á lo lejos zumba,
Sigámosle! la bóveda retumba.

¿Visteis de cumbre en cumbre despeñado
 De los Alpes rodar hondo torrente,
 Que en retorcido curso arrebatado
 Va aumentando su rápida creciente;
 Mas por opuestas rocas represado,
 Permanece suspenso en la pendiente,
 Brama, lucha, forceja, hínchase, crece,
 Los diques rompe, el monte se estremece?

Así la ilustre junta numerosa,
 Contra el Africa altiva embravecida,
 A la voz del anciano magestosa
 Mostróse un breve espacio suspendida;
 Mas sintiendo crecer impetuosa
 La cólera en el pecho reprimida,
 A las armas corriendo furibunda,
 Las puertas abre y el palacio inunda.

Oyese á un tiempo el grito de pelea,
 En pórticos, jardines y salones,
 Y el hierro de las lanzas centellea
 Entre insignias y bélicos blasones:
 El pendon de Castilla al aire ondea,
 Coronando los régios torreones;
 Y ya las ninfas del Geníl y el Dauro
 Palmas aprestan, aperciben lauro.

Los diques rompa; el mar se extravane!
 Plama, lacha, torca, pichana, caca,
 Permanece suspendo en el pendiente,
 Sin que pueda volver repuesta,
 Y arrastrado en rielas rociadas,
 Que en retorcida vira se desahoga,
 Por los álgor vobal lachos vobal,
 Y lasas de omlre en estirio desahoga.

Las pueras abry et kalya in taula,
 A las avras ovrada lachada,
 La oclera el pofa restada,
 Mas sintiendo espas, impetosa
 Muestror en fecto especia amonidior;
 A la voz del andino torgentor,
 Conora el África niva amavochda,
 Asi in lachajuna unanosa.

FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira. preséntase á su vista el Conde; despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
 En solitaria quinta deleitosa
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
 Fijo en su amor el plácido discurso,
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
 Con el laud Elvira combatía
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
 Con sus ardientes rayos la inundaba;
 Y el tibio amante por la vez primera
 Su anhelada venida retardaba:
 Ansiosa Elvira, que á su dueño espera,
 Cien veces en el sol los ojos clava,
 Gime impaciente, y trepa la colina
 Que el vasto campo en derredor domina.

— En la ancha vega el céfiro meciendo
 Los rubios dones del feraz estío,
 La grata soledad, el ronco estruendo
 De espumosa cascada, el bosque umbrío,
 Los sauces blandamente humedeciendo
 Las tiernas ramas en el manso río,
 Todo respira amor, y todo inspira
 Dulce tristeza á la sensible Elvira.

Tal vez, al revolar festivo el viento,
 Torna la bella faz alborozada;
 Ya escucha de su amor el grato acento,
 Ya su planta en las flores enredada;
 Mas en breve, burlando su contento,
 Las alas pliega el aura sosegada;
 Y en breve, por doblar su desconsuelo,
 Tiende otra vez el licencioso vuelo.

Como al bajar la lluvia apresurada,
 Ostenta manso el lago cristalino
 Su tersa plata en círculos labrada,
 Que nacen, crecen, mueren de continuo:
 Elvira de mil dudas contrastada,
 Inquieto siente el pecho alabastrino,
 Y nacer y morir cada momento,
 Un deseo, un temor, un pensamiento.

Ora imagina al descuidado amante
 En hondo sueño ó baño delicioso,
 Ora en las selvas persiguiendo errante
 Al leve ciervo y jabalí cerdoso:
 Ya en la caza le sigue palpitante,
 Ya maldice su bárbaro reposo;
 Ya le amenaza con esquivo ceño,
 Ya el regazo apercibe al dulce dueño.

Mas el tirano Amor, no satisfecho
 Del duro afan de su cautiva hermosa,
 Con sonrisa cruel vierte en su pecho
 La copa de los celos ponzoñosa:
 Ante sus ojos pinta en blando lecho
 Al falso amante y la rival odiosa;
 Y al acercarse Elvira en triste anhelo,
 Maligno corre el misterioso velo.

Cual herida de rápida saeta
 Salta veloz la cierva fugitiva,
 Y monte y selva y prado corre inquieta,
 Y el propio esfuerzo su dolor aviva:
 La triste Elvira su dogal aprieta,
 Y la herida de amor siente mas viva;
 Si abriga el duro dardo, sangre vierte;
 Si lo intenta arrancar, halla la muerte.

A su ciega pasión abandonada,
 Recuerda sus delicias, sus amores;
 Aun ve la tierna yerba reclinada,
 Aun ve oprimidas las nacientes flores;
 Allí se arroja en lágrimas bañada,
 Allí crecen su angustia y sus furores;
 Y allí donde su amor grabó la huella,
 Entre la grama esconde su faz bella.

Mas á un leve rumor alza la frente;
 Y cual inmoble estátua ve delante,
 Ceñido de armadura reluciente,
 Suspenso y mudo al perturbado amante:
 Incierta mira, enjuga el lloro ardiente,
 Torna á clavar la vista penetrante;
 Hablar intenta, mas la pena aguda
 Su pecho oprime y su garganta anuda.

Un ¡ ay ! profundo arroja dolorida;
 Los celos, el furor le dan aliento;
 Y de opuestos afectos combatida,
 Así le dice con turbado acento:
 «Huye, cruel, si de mi triste vida
 Ver no anhelas el último momento;
 Huye, y no añada tu perjurio lábio
 El dobléz, los insultos al agravio.»

«Huye: ¿qué te detiene?... No deseo
 Verte apurar el torpe fingimiento;
 Harto me has dicho; aléjate; ya veo
 Tu mentido disfraz, tu aleve intento;
 Ya tus disculpas pérfidas preveo;
 Ya escucho tu engañoso sentimiento;
 Tu propia turbacion, tu falsa pena
 Te acusa, te confunde, te condena.»

«Si te enoja mi amor, si otro te inflama,
 No has menester pretextos, alevoso;
 Vuela á los pies de la traidora dama,
 Jura, engaña, séducela doloso;
 Fingido ardor á tu fingida llama
 Ofrecerá su pecho cauteloso;
 Y ella misma, burlando tu esperanza,
 Dejará satisfecha mi venganza.»

«Mas no eres tú; ay de mí! yo solamente,
 Yo la culpa soy: yo, dueño mío,
 Te abrí mi incauto pecho; yo imprudente
 Provoqué con caricias tu desvío;
 Tuyo fué mi querer, tuya mi mente,
 Tuyo mi corazon y mi albedrío...
 ¿No lo ves? ahora mismo, en mi tormento,
 Por tí solo respiro, por tí aliento.»

«No mas, mi bien (el Conde enternecido
 Le interrumpe veloz): no mas, Elvira;
 Que tu amoroso acento dolorido
 Mas me atormenta que tu injusta ira:
 Llámame ingrato, aleve, fementido;
 Traspasa el pecho que por tí suspira;
 Y no aumentes mi pena y amargura
 Mostrándome tu amor y tu ternura.»

«¿ Dudas, Elvira ?... El cielo soberano
 Vé mi pasión, mis ansias, mi tormento;
 El cielo sabe si luchandó en vano,
 Cedí rebelde á su inspirado acento:
 Cedí; y al punto en su tremendo arcaño
 Escribió mi solemne juramento;
 Partir es fuerza, Elvira; mi tardanza
 Ya del cielo provoca la venganza.»

«A domeñar al Africa orgullosa
 La fé, la patria, el pundonor me llama;
 Ya en la ciudad la hueste numerosa
 Las armas ciñe y su adalid me aclama;
 Ufanos todos á la lid gloriosa
 Seditos vuelan de perpétua fama;
 Solo yo triste, mísero, abatido,
 Mi fé, mi patria, mi promesa olvido.»

«Ese mi crimen, esa mi falsía,
 Esas mis artes son: vé, vuela ansiosa,
 Recorre la ciudad, insta, porfia,
 Busca mi nuevo amor.... ¿Callas llorosa,
 Y me ocultas tu faz?... No, Elvira mia,
 No te miren mis ojos desdeñosa,
 Culpa al cielo, no á mí; yo al par contigo
 El fatal voto y su rigor maldigo.»

«Mas yo te juro, Elvira, yo te juro
 Por esta espada nunca envilecida;
 Por tu faz bella, por tu llanto puro,
 Por tu amor mas precioso que mi vida,
 Aunque me oponga el mar su inmenso muro,
 Aunque el Africa toda luce unida,
 Llegar, vencer, tornar, y en dulces lazos
 Gozar del triunfo en tus amantes brazos.»

«Sí, triunfa, hombre feroz; tu Elvira en tanto
 (Clama la triste) mísera, abatida,
 En largo afan y congojoso llanto
 Esperará muriendo tu venida...
 ¿Qué mas quieres, cruel? Mira mi llanto,
 Mírame al menos á tus pies rendida,
 Mira, y parte despues; tu saña fiera
 Ya ha inmolado la víctima primera.»

«Mas no, detente, escucha; que azaroso
 Me anuncia el corazón horror y muerte;
 Oye, infeliz; qué el cielo misterioso
 Tu fin aciagó por mi voz te advierte...
 ¿A dónde, á donde vas? Vuelve piadoso;
 Teme el rigor de la enemiga suerte;
 Tiembla por tí, por tu infeliz Elvira,
 Que al solo amago de dolor expira...»

Quisiera proseguir; y sostenida
 En el trémulo brazo, alzarse intenta;
 Mas ríndese otra vez desfallecida
 Al inmenso pesar que la atormenta:
 Cual pálido jazmin descolorida
 La faz divina su beldad aumenta;
 Esmaltando el negrísimo cabello
 La blanda candidez del rostro bello.

Por el dulce deleite adormecidos
 Aparecen sus ojos amorosos,
 Mientras el albo pecho con latidos
 Ostenta sus contornos mas hermosos:
 Admíranla en los aires suspendidos
 Los festivos Amores silenciosos;
 Y desde el alto olimpo Citeréa
 En contemplar su imágen se recrea.

FRAGMENTO CUARTO.

Reúnese la hueste en el puerto de Málaga; se hace á la vela, y navega con vária fortuna.

Pobladas de caudillos esforzados
 Guadalmedina ostenta sus riberas;
 Por sendas, por llanuras, por collados
 Divísanse pendones y banderas;
 Vé la ciudad sus ámbitos cegados
 Con aprestos y máquinas guerreras;
 Torres, murallas, calles, plazas, puertas,
 De gente armada míranse cubiertas.

No en tanta copia apíñanse á bandadas,
 Cuando anuncia el otoño el sol tardío,
 Las aves que en las zonas mas templadas
 Hicieron su mansion en el estío;
 Y del blando reposo despertadas
 Al mostrar el invierno el ceño impío,
 Las costas cubren con ansioso anhelo,
 Buscando el mar y el africano suelo.

— Brilló por fin la aurora suspirada,
Eterna en los decretos del destino,
En que ya á punto la invencible armada
Tienda al próspero viento el blanco lino:
La numerosa hueste desplegada
Del mar ocupa el término vecino;
Y ya en el puerto agítanse las naves,
De tanta hueste con el peso graves.

El campo, el muelle, el dilatado muro
De gente y armas y pendones lleno,
Con mil bateles en tropel oscuro
Del puerto hirviendo el anchuroso seno,
Sin nube el firmamento, el aire puro,
El azulado mar manso y sereno,
Glorioso el sol con su radiante lumbre
Coronando del cielo la alta cumbre;

Cien naves cual en fiesta empavesadas
Con flámulas y ricas banderolas,
Que del festivo Céfito agitadas
Reflejan sus colores en las olas;
De laureles las popas coronadas
Luciendo las insignias españolas;
El ronco parche y la guerrera trompa
Del triunfo anuncian la solemne pompa.

Con vivo afán y singular concierto
 La inmensa armada su partida apresta;
 Y ya impaciente en el confuso puerto
 La tardanza menor juzga molesta:
 Mas á una seña del piloto esperto,
 La alegre chusma muéstrase dispuesta,
 Y aplaude ufana el próximo momento
 De dar el leve lino al vago viento.

Ya en un áncora sola remecida
 El corvo diente en desclayar forceja
 La inquieta nave, y con veloz huida
 Entre vivas sin fin el puerto deja;
 Ya en media luna ordénase extendida
 La inmensa flota, y rápida se aleja,
 Y del sol al ocaso resplándece,
 Cual nevada ciudad cuando amanece.

Entre tanto Favonio apenas mueve
 Las tiernas alas y la espuma riza;
 Y cediendo la armada al soplo leve,
 Sobre las mansas olas se desliza:
 Ni empaña el cielo núbecilla breve,
 Ni otro signo al piloto atemoriza;
 Que nunca mas sereno el occidente
 Vió esconderse del sol la roja frente.

La clara noche de tan fausto día
 Prosigue el rumbo la veloz armada,
 Cual si los mismos astros á porfía
 Le mostrasen la senda deseada:
 El alto polo ofrécele su guía;
 Muestra su faz la luna plateada;
 Y sobre el manto azul ostentan bellas
 Sus benéficas luces las estrellas.

Mas su trémulo brillo se oscurece
 Con el primer albor de la mañana;
 Y la plácida Aurora resplandece,
 Matizando los cielos de oro y grana:
 Desde el erguido mástil no aparece
 La abandonada costa, ya lejana;
 Y la chusma con himnos de alegría
 Saluda alborozada al nuevo día.

Natura toda en celestial contento
 Aclama al rubio Dios del claro oriente,
 Que con augusto y grave movimiento
 Asoma sobre el carró refulgente:
 A su vista cobrando nuevo aliento,
 En las velas espira blandamente
 El Céforo festivo, y abre paso
 Al veloz sulco del ligero vaso.

Mas al bañarle el húmedo rocío,
 Y al recorrer el mar en fácil juego,
 Va perdiendo insensible el tierno brio,
 Y anhela tras el plácido sosiego:
 En la ribera busca asilo umbrío,
 Del claro sol contra el radiante fuego;
 Y plegando las alas y talares,
 Dormidos deja los tranquilos mares.

Terso cristal parece la llanura:
 Y con vislumbres cándidas albéa,
 Cual la bóveda azul en noche oscura
 Con la luz de la hermosa Citeréa:
 Sin leve niebla ó nubecilla oscura
 El sol desde su trono centellea;
 Y el quieto golfo, cual radiante espejo,
 Reverbera su trémulo reflejo.

No con tan vivo rayo el Can impío
 Acongoja á los míseros mortales,
 Cuando enciende rabioso en seco estío
 De Palmira los vastos arenales;
 Y aquejado de sed, falto de brio,
 Recostado en las ruinas inmortales,
 El triste caminante ansioso espera
 Que el sol recorra la extendida esfera.

Con no menor afán y desconsuelo
 Yace la gente en la española armada,
 Mientras el astro en el ardiente cielo
 Prosigue su carrera sosegada:
 Mas con vana esperanza y ciego anhelo
 Ven próxima la noche deseada;
 Y ni un soplo levísimo del aura
 Sus fuerzas y sus ánimos restaura.

Tres veces en tan mísera agonía
 Los vé la luna, y silenciosa pasa;
 Y el sol tres veces en eterno día
 Con encendidos rayos los abrasa:
 Ya furiosa la turba acusa impía
 Al mismo cielo de su suerte escasa;
 Ya en lánguido desmayo, torna luego
 Del vano enojo al fervoroso ruego.

En el dormido lago en tanto flota
 La armada lentamente remecida,
 Y los robustos árboles azota
 La licenciosa vela no regida:
 Así tal vez en la region remota
 Por el helado Bóreas combatida,
 Muéstrase inmóvil temeraria armada,
 Con cadenas de hielo aprisionada.

Ya el quinto sol en el ocaso brilla
Y el cetro deja á su apacible hermana,
Y á igual distancia de una y otra orilla
Clavada está la flota castellana:
Apenas una blanca nubecilla
Sobre la mar remóntase liviana;
Y anunciando mas próspera fortuna,
Vuela á oponerse á la naciente luna.

Roja la faz, en torno coronada
De pálidos reflejos aparece;
Y por vagos celages eclipsada,
Ya se oculta fugaz, ya resplandece:
A lo lejos divisase agitada
La mar que hácia la orilla se ennegrece;
Y pardas nubes, cual lejanos montes,
Empañan los remotos horizontes.

En breve el Austro con impuro aliento
Las arroja del Africa impelidas,
Y dejan en el alto firmamento
Las estrellas y luna oscurecidas:
Plegando el mar con ímpetu violento
Corren, crecen las olas conmovidas;
Y antes que brome el viento furibundo,
El verdinegro mar hierve profundo.

Su espalda baten con inquietas colas
Los présagos delfines azorados,
Y entre el ciego tumulto de las olas
Veloces saltan en tropel formados:
Tiemblan, crujen las naves españolas
Con violentos vaiyenes encontrados;
Y ya el cauto piloto apercebido
Oye del viento el áspero silbido.

El Africo y el Noto procelosos
Llegan, luchan, horrísonos espantan;
Y en el mar arrojándose furiosos,
Desde el íntimo fondo lo levantan:
Ya entre opuestos contrastes poderosos
Las ondas con las ondas se quebrantan;
Ya agitándose en vórtice violento,
Ceden al veloz ímpetu del viento.

Con mil y mil relámpagos se enciende
El tenebroso polo en viva llama,
Y de la negra nube se desprende
El rayo ardiente que la esfera inflama:
La rápida centella el aire hiende;
Muge el hinchado golfo; el viento brama;
Y en el cielo estallando el ronco trueno,
Lo repite del mar el hondo seno.

Por las revueltas olas contrastada ;
Entre el horror de la tiniebla umbría ,
Vaga en los mares la deshecha armada,
Con rumbo incierto, sin gobierno y guía:
De un monte en otro monte despeñada
Tienta en vano la prora abrirse vía;
Ya al cielo toca la apremiada entena,
Ya rechina la quilla en la honda arena.

Ni salud ni esperanza: negro espanto
Súbito asalta á la esforzada gente,
Que con vano tesón á riesgo tanto
Osó oponer el ánimo valiente:
Mas ni esfuerzo, ni voz, ni débil llanto
Ya el terror á los míseros consiente;
Y en silencioso pasmo á cada instante
El abismo, la muerte ven delante.

No así el ínclito Conde: su voz suena
Entre el ronco fragor del mar y el viento;
Exhorta, anima, acude, acorre, ordena,
A la postrada turba infunde aliento;
Su ejemplo, su ademan, su faz serena,
Aun son mas poderosos que su acento;
Y allí donde el peligro y gloria crece,
El magnánimo pecho al riesgo ofrece.

Mas su heróica firmeza satisface
Del irritado cielo la venganza
Y en acercar benigno se complace
El término feliz de su esperanza:
La negra nube en lluvia se deshace;
Recobra el mar su plácida bonanza;
Y en breve zumba hácia el confín remoto
Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
Huye la tempestad; y alzando el vuelo
El Aquilon acósala en su huida,
Despejando veloz el ancho cielo:
Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
Rasgaba de la noche el negro velo,
Encoge el duro aliento, y da suave
Plácido impulso á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
Las mira el Conde, al despuntar el día,
Que aun mal seguras del tremendo amago
Tímidas siguen la azarosa vía;
Mas reparar ansiando el grave estrago,
La hueste y chusma anímanse á porfía;
Y en breve olvidan riesgos y pesares,
Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en Africa.—Predicción del Alfaquí.
—Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
La corona del triunfo preparaba,
Con tristes signos de fatal agüero
Luto y horror al Africa anunciaba;
Mas al cumplirse el plazo postrimero,
Su adusto ceño de mostrar acaba;
Cual lo vió un dia con asombro el mundo,
Y la Atlántica hundióse en él profundo.

El vasto mar luchando turbulento
En sus cóncavos senos cavernosos,
Amenaza con ímpetu violento
De la ciudad los muros orgullosos:
Con débil planta y desigual aliento
Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
Conduciendo la madre palpitante
En sus brazos de amor al tierno infante.

Bajo la inmensa turba desaparece
El valle, la colina, la alta sierra;
Cunden las turbias olas, y parece
Que huyendo va la contrastada tierra:
A un tiempo su cimientó se estremece
Al duro embate y poderosa guerra,
Y en sus cimas arranca el raudo viento,
Rocas y troncos del eterno asiento.

En la anchurosa playa desatado
El huracan su furia desenfrena;
Y en veloz remolino trasformado,
Montes levanta de menuda arena:
Ya gira, ya se arrastra, ya apremiado
Por la inmensa balumba hórrido suena;
Ya venciendo su grave pesadumbre,
La arroja del *Morábito* á la cumbre.

Todo horror, todo asombro: macilento
Su escaso resplandor el sol envía;
Y en vagas nubes de color sangriento
Lides retrata, al fenecer el día:
Fatal cometa cruza el firmamento,
Rompiendo el manto de la noche umbría;
La flamígera crin en torno tiende,
Y cual inmensa hoguera el cielo enciende.

Y es comun voz que á su reflejo oscuro,
En la encantada torre al mar vecina,
Do el conde don Julian gozó seguro
El premio vil de su traicion indina,
Vaga en custodia del hendido muro
Pálido espéctro en la desierta ruina;
Y al trémulo fulgor de opaca tea
Disípase la sombra gigantea.

A tantos signos de terror y espanto
Falta el esfuerzo á la africana gente;
Y con tímida voz y débil llanto
Implora la piedad de Alá potente:
En confuso tropel cercan en tanto
La sacra cueva y misteriosa fuente;
Y de anciano Alfaquí, sábio adivino,
Los secretos indagan del destino.

Sobre un monte de escombros, contrastado
Por las hinchadas ondas, aparece;
Y de cendal blanquísimo velado
Su venerable rostro resplandece:
Profeta de los cielos inspirado
En gesto, en ademan, en voz parece;
Hierven sus venas; y su airado acentó
El mar acalla y encadena el viento.

«Bastardos nietos, que cubris de afrenta
A Muza y á Tarif esclarecidos,
¿Qué mezquino temor os desalienta,
Y os arrastra á mis pies despavoridos?...
Si Alá tremendo su venganza ostenta,
Si su anuncio burlasteis descreídos,
Osad mirar con ánimo sereno
Arder el rayo y reventar el trueno.»

«Con faz tranquila y sosegado pecho
¿No visteis de Granada el triste llanto,
Y el trono de Alhamar rodar deshecho,
Y hundirse las mezquitas con espanto?...
Allí el paterno hogar, el propio techo,
Allí las aras del Profeta santo
Debísteis defender; allí con gloria
Morir vengados ó alcanzar victoria.»

«Mas no; que en ócio infame y torpe vida
Visteis triunfar los fieros castellanos,
Y de Boabdil la patria envilecida
Besar esclava sus sangrientas manos:
Y al arrojarse al mar en presta huida
Vuestros hijos y míseros hermanos,
Oyendo el fin de la fatal contienda
Pedís al mar que el Africa defienda.»

«En vano, pueblo iluso: ya cumplido
Del triste vaticinio el postrer plazo,
Los que el mundo á sus pies vieron rendido,
Verán en su garganta el duro lazo :
Que en el séptimo cielo suspendido
De Alá iracundo el poderoso brazo ,
Entrega de Ismael la infeliz tierra
A hierro, á fuego, á destructora guerra.»

«Ministro de su cólera divina
Los duros grillos el infiel quebranta ;
Y del vil polvo, amenazando ruina,
Contra el Africa altivo se levanta :
Tal vez en su delirio ya imagina
La Libia mancillar con torpe planta,
Y en los desiertos montes de la Luna
Buscar del Nilo la escondida cuna.»

«De Alcides las columnas abrazando,
Ya que el Hercúleo Estrecho enseñorea,
Ciego en la cumbre de su orgullo infando
Con el soñado imperio se recrea ;
Ya con Europa al Africa enlazando,
De domar su altivez se lisonjea ;
Y el Luso audaz y el fiero Castellano
A su cetro inmortal tienden la mano.»

«Insensatos !... No en vano Alá potente
Forjó de rudos montes la cadena ;
Y de Shara defiende el seno ardiente
Con anchos mares de infecunda arena :
En nuestra aciaga orilla eternamente
A derramar su sangre los condena,
Sin que el eterno muro nunca allanen
Ni el corazon del Africa profanen.»

«Mortales, escuchad ! que un rayo puro
De fuego celestial ya se desprende ;
Y á las nubes rompiendo el centro oscuro,
A mis lábios fatídicos desciende :
El velo en que se esconde lo futuro
Ante mis ojos deslumbrados hiende,
Y su preñado seno ostenta junto
Cien naciones, cien siglos en un punto.

«En sus inmensos términos ya veo
Agolparse sucesos portentosos ;
Cubrir la mar el pérfido europeo ,
Y asaltar nuestros límites fragosos ;
Tras uno y otro esfuerzo giganteo
Vacilar los imperios poderosos ;
Y en el firme cimiento mal seguros
Temblar tronos, alcázares y muros.»

«Arido escollo, nunca salpicado
Por lluvia celestial y clara fuente,
Por arroyos de sangre acanalado
Pagará su tributo al mar potente :
Ora esclavo, ora libre, encadenado
Verá sobre su cumbre juntamente
A los hijos del Tajo y del Danubio,
A los que el Etna espanta y el Vesubio.

«Allí de Argel el anchuroso puerto
Entre cárdenas llamas resplandece ;
Y de confusos árboles cubierto,
Selva ardiendo del Líbano parece :
Mas cual nube de arena en el desierto
En hondos remolinos desaparece
La armada infiel ; y solo ven mis ojos
Tristes reliquias, míseros despojos.»

«Mas el vecino Imperio llora en tanto
El baldon que sus glorias amancilla ;
Y la régia ciudad con vil espanto
Allánase á las armas de Castilla :
Tronchado el cetro y desceñido el manto,
Ante el bárbaro infiel la frente humilla ;
Y nuevo horror ofrecen, nuevo estrago
Las venerandas ruinas de Cartago.»

«De Fez el reino con sus propias manos
El seno rasga y la cerviz doblega ;
Cúbrese de pendones castellanos
De Orán el puerto, la ciudad, la vega ;
De la gran Lepti en los inmensos llanos
Retumba el eco de fatal refriega ;
Y cual lago de sangre, pone espanto
El turbulento golfo de Lepanto.»

«Al arma, Musulmanes ! que es llegado
El férreo siglo de la eterna ira ;
Y nuestro propio Imperio amenazado,
Pendiente el lauro ó la cadena mira...
Mas en alas del tiempo arrebatado
El vasto espacio ante mis ojos gira ;
Y cual las ondas que á mis pies se estrellan,
Asi cien y cien siglos se atropellan.»

«Al arma, sús, al arma ! ¿Qué os suspende?
Ya olvida Alá piadoso su venganza ;
Y el brazo protector benigno tiende,
Que á cielo y tierra y al abismo alcanza :
El fuego mismo, que su soplo enciende,
Anuncio es de consuelo y de esperanza ;
Que alumbra, no aniquila, cuando muestra
El rayo ardiendo en su potente diestra.»

«¿ Por tres siglos no vió su eterno muro
 La opulenta Salén amenazado,
 Y hasta el excelso trono de oro puro
 Por la vil planta del infiel hollado?
 Mas su orgullo y poder y cetro duro
 ¿Qué se hicieron?.. Cual monte desplomado
 Cayó el infiel; y tres generaciones
 Vió el Jordán perecer en sus regiones.»

Dijo: y cual suele al súbito estampido
 De inflamado volcan temblar la tierra,
 Y el monte en sus entrañas encendido
 Lanzar el fuego que su seno encierra;
 Así el inmenso pueblo, conmovido
 A la inspirada voz de sacra guerra,
 Arde en furor; y cual sonante llama,
 Por los vecinos campos se derrama.

El bélico clamor á un tiempo llena
 El dilatado Imperio: allí talando
 Espesos bosques, la segur resuena;
 Allí las largas naves aprestando,
 En confuso tropel hierve la arena;
 Arden mil forjas; crujen atronando
 Cien y cien yunques; y el pendon sangriento
 De los hijos de Agar tremola al viento.

Véanse desiertos rústicos hogares,
Al trance de la guerra abandonados;
Chozas, cabañas, pueblos, aduares,
Arden entre las selvas y sembrados:
Con altísimos pinos y sillares
Afirmanse los muros quebrantados;
Y el hondo río su raudal extiende,
Las torres ciñe y la ciudad defiende.

No lejos de su márgen, oprimidos
Con ruda argolla y bárbara cadena,
Los míseros cautivos affigidos
Hondos fosos excavan en la arena:
La diestra suspendiendo estremecidos,
Tal vez recuerdan con amarga pena
Que á sus hijos del alma, á sus hermanos,
La tumba estan abriendo con sus manos.

Mas tal vez la esperanza lisongera
Su pecho inunda en plácido consuelo:
Ya unidos rompen la cadena fiera;
Ya unidos besan el nativo suelo:
En cada nubecilla pasajera
Una vela cristiana vé su anhelo;
La mar registran, y les roba el viento
La vaga nube y el fugaz contento.

FRAGMENTO SEXTO.

Alarde del ejército africano; su caudillo Almanzor.

En régio alarde indómito campea
El arrogante ejército africano;
Y en la playa revuélvese y ondea,
Cual mies mecida en anchuroso llano;
El confuso rumor de atroz pelea
Imita el eco hácia el confin lejano;
Y los fieros bridones reprimidos
Responden con relinchos y bufidos.

Nunca hueste tan fiera y numerosa
Vió el Africa en su bárbaro hemisferio;
Nunca creyó su frente belicosa
Tan exenta de extraño cautiverio:
Y volviendo la vista rencorosa
Al ancho mar hasta el confin hesperio,
Torna á ver amagado su recinto
Y al claro Guadalete en sangre tinto.

—Entre la inmensa turba de guerreros
Señálase por gala y bizzarria
La flor de los valientes caballeros
Gloria y columna de Granada un dia:
Patria y hogar abandonando fieros,
Por no humillarse á la coyunda impia,
Corrieron á librar de sus furores
La region de sus ínclitos mayores.

En caballos mas rápidos que el viento,
De oro y seda labrados los jaeces,
Su propia gloria y su heredado aliento
Ostentan los gallardos Alabeces:
El famoso estandarte dan al viento
Que al triunfo los condujo tantas veces;
Y en adargas de Fez áurea corona
Su régia estirpe y su blason pregona.

De púrpura los ricos alquiceles,
La argentada armadura en son de guerra,
Corren al par los ínclitos Gomeles,
De nuevo hollando la nativa tierra:
Ansiosos de mas palmas y laureles
Viólos un tiempo la Nevada Sierra;
Y hora defienden con invicto pecho
El propio trono y el paterno techo.

Con rojas plumas y leonados trages,
 Por el sangriento fin de sus hermanos,
 Luce el fiero escuadron de Abencerrages,
 Armados con despojos castellanos:
 En sus adargas bárbaros salvages
 Luchando con leones africanos
 De divisa les sirven, dando muestra
 Del invencible esfuerzo de su diestra.

En el torvo semblante descubriendo
 Los reprimidos celos y rencores,
 Sus huellas los Zegriés van siguiendo,
 En la lid bravos, si en la paz traidores:
 Las antiguas discordias encendiendo,
 De sus rivales visten los colores;
 Y al natural impulso de venganza,
 En su mano blandir sienten la lanza.

Cogidos los garbosos capellares,
 Descubriendo marlotas de brocado,
 La tribu de valientes Alhamáres
 Cabalga altiva á su siniestro lado;
 Verdes plumas y blancos almaizares
 Sobre el casco finísimo acerado,
 Y en los escudos llevan y pendones
 Las cifras de su amor y sus blasones.

No lejos, con galope reprimido
 De fiero bruto la altivez domando,
 Sobre el dorado fuste suspendido,
 Acaudilla Gazul su noble bando:
 Cuando del son del atabal herido,
 El duro hierro en el ijár clavando,
 En escape veloz el aire azota
 La suelta faja y la gentil garzota.

Hueca retumba la oprimida tierra
 Al peso de la hueste numerosa,
 Que el vivo simulacro de la guerra
 Ostenta en la llanura polvorosa:
 Embiste, corre, escapa, vuelve, cierra,
 Huye tal vez, revuelve más furiosa;
 Y de lanzas y dardos densa nube
 El sol entolda y á los cielos sube.

Mas él es... Alanzor! Rojo el turbante
 Sobre la hueste infiel descuella tanto,
 Que cual coloso ó bárbaro gigante
 El corpulento moro pone espanto:
 Fiero rival de Alcides, arrogante
 Ancha piel de león viste por manto,
 Que unido con dos garras de oro puro
 Sobre el hombro siniestro va seguro.

Hijo feroz del Africa, en su seno
 Descubre de su madre la fiereza,
 En su sangre del áspid el veneno,
 Y del tigre en su pié la ligereza:
 Tendido el arco, de temor ageno,
 De los montes penetra en la aspereza;
 Y á la hircaña leona embravecida
 Los hijos arrebató en su guarida.

La caza y los peligros son su encanto,
 Sus amores las lides sanguinosas,
 Su música mas grata el triste llanto
 De huérfanos, de madres y de esposas:
 Cubre su nombre de terror y espanto
 Las vecinas naciones belicosas;
 Y la victoria, fiel á sus deseos,
 Le ofreció en cada lid nuevos trofeos.

Aunque de noble estirpe, nunca pisa
 Del palacio los pérfidos umbrales;
 Nunca con blando halago ó falsa risa
 Dora aleve sus ódios capitales:
 Su torvo ceño y su bramido avisa
 El furor de sus ímpetus mortales;
 Y cual rayo y relámpago, en un punto
 Véñse el amago y la venganza junto.

Hora á una voz la hueste envanecida
 Por supremo caudillo le pregona,
Vengador del Profeta le apellida,
 Y audaz le ofrece la triunfal corona:
 Mientras la madre patria enternecida
 En sus brazos sus hijos abandona;
 Y hasta el monarca mismo pone ufano
 La sacra enseña en su invencible mano.

Mas ya con lento paso van creciendo
 De los montes las sombras desiguales,
 Y en el rojo occidente apareciendo
 Cárdenas nubes, lúgubres señales:
 Ya toca á recoger el ronco estruendo
 De añafles, trompetas y atabales;
 Y ordenándose en rápida carrera,
 Obedece veloz la hueste fiera.

Al pié de un monte que el contorno otéa,
 El campo asienta el bárbaro africano;
 Y en ver desde su altura se recrea
 Nacer un pueblo en el tendido llano:
 Con mil confusas luces centellea
 Desde la playa hasta el confin lejano;
 Y en la atezada noche véense claras
 Selvas ardiendo, lumbres y almenaras.

Allá dentro del mar, sobre la cumbre
 Del altísimo escollo, inmensa hoguera
 Arde también, y con su viva lumbré
 Tocar parece la celeste esfera:
 Contéplala la absorta muchedumbre
 Cual si ardiente volcán del mar naciera;
 Y con pavor y asombro desde lejos
 Vé en las ondas los pálidos reflejos.

A su confusa luz atalayando
 En ancho cerco la llanura inmensa,
 Vela Almanzor con su invencible bando
 Del fuerte antemural en la defensa:
 En sus robustos hombros estribando
 Del imperio la mole vé suspensa,
 Y con inquieto afán en la alta torre
 La mar domina y su extensión recorre.

Con sublime terror le lisongea
 El ronco viento que en su trono zumba,
 El ancho mar que enrojecido ondea,
 Y el ponto hirviente que á sus pies retumba;
 Mientras el hueco monte titubea,
 Al abrirle en su centro inmensa tumba,
 Que en sus senos sepulte semitivos.
 A millares los míseros cautivos.

Mas del bárbaro imperio la fiereza
 Los diques rompe del celeste enojo ;
 Y ya sobre su indómita cabeza
 Desciende el rayo á confundir su arrojo...
 De su poder, su gloria y su grandeza,
 Ni rastro existe, ni se vé despojo ;
 Quedando apenas, porque al mundo asombre,
 De tan gran reino por vestigio *un nombre* (1).

Así del Asia en la region distante
 Crecieron cien imperios poderosos,
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante
 Levantaron sus vuelos orgullosos :
 Y hora al pisar el triste caminante
 Los áridos desiertos espantosos,
 Pisa con sacro horror y muda pena
 Hundidos cien imperios en la arena.

(a) Velez de la Gomera.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza
 De la terrible lucha reposaba
 Que por dos lunas agitó su suelo¹;
 Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
 Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
 Con las llamas y el hierro amenazando,
 Lanzáronse mil bárbaras legiones.
 En vano ; oh Dios ! en vano
 A poner freno á su furor insano
 Braman los aquilones;
 Rompen sus cauces los hinchados rios;
 Tala el invierno la aterida tierra;
 Y de inclemente nieve coronada
 Alza su frente la riscosa sierra.
 ¿ No los veis, no los veis ardiendo en saña
 Arrasar montes, devastar los llanos,
 Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
 Rasgar el seno de la triste España,
 Que incauta un tiempo los llamára hermanos ?
 ¿ Quién osará del rápido torrente
 El ímpetu atajar ? Cayó Castilla;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada
Y al furor de la bárbara cuchilla,
Con la sangre de mayo salpicada,
Tendió Madrid la desdorada frente.
Por vez segunda el Tajo caudaloso
Al inclemente yugo se condena;
Y allá bajo la tierra, prodigioso
Sepúltase Guadiana,
Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando
Las palmas bate, y por los aires suena
Su horrisono clamor...; Ay, cuánto, cuánto,
Mísera España, de destrozo y ruina,
Cuánto de luto y de amargura y llanto
Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones
Del Ebro cubren la anchurosa margen:
Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
La sacra orilla; plumas y penachos
A merced de los céfiros ondean;
Y los petos y yelmos centellean
Del claro sol á la radiante lumbré.
Los normandos frisonés
Baten con grave pié la helada tierra;
Piérdense los contrarios escuadrones
Allá á lo lejos entre densa nube;
Crece el estruendo, y el clamor de guerra;
Puebla los vientos y á los cielos sube,

De juncos y de adelfas coronadas
Las Náyades, al eco tremebundo,
Sacan del agua los nevados pechos;
Y del bélico apresto amedrentadas,
Lanzan un grito, y cálense al profundo.

Tened; tened, impíos:
Suspended esas huestes ominosas
De muerte y destruccion: ¿á dónde, á dónde
Correis, blandiendo en la terrible mano
La ardiente antorcha y el acero insano?
Piedad, piedad, crueles!
Merced á Zaragoza!
Mísera, abandonada,
Aun gime dolorida;
Aun brota sangre la reciente herida
Que en ella abriera vuestra cruda espada.
¿No escuchais cual resuenan por los vientos
Los agudos lamentos
De viudez y orfandad? ¿El sordo ruido,
Cual de lejano trueno, que retumba
Allá en el hondo de la negra tumba,
Do mil valientes víctimas cayeron?
Piedad por una vez: si buscáis ruinas,
Si saciaros quereis en fiero estrago,
Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos
Han que mirar los ojos:
Tended la torva vista, que aun humean
Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endebles muros.

Si empero tanto horror, si tantas muertes
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo;
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid: la heróica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Jalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatár su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras²?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras³!

Decid como animosos
Los inclitos del Ebro batalláran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentáran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragonés; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces:
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.
En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brio,

Cuando la noche á la callada tierra
 En luto envuelve y en horror sombrío,
 Bombas arrojan, que en su lumbré encienden
 El aire tenebroso por do hienden.

A leve impulso, la muralla frágil
 En polvo cae deshecha;
 Y cual tigre rabioso,
 Por ruinas y cadáveres trepandó,
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,
 Y Lefèvre orgulloso
 La destructora turba acaudillando^s.
 De enemigos cubiertas
 Vense calles y plazas; atronando
 Rompen las hachas los robustos quicios;
 Caen las ferradas puertas;
 Arden los edificios;
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina
 Mira el pueblo valiente
 Con pecho quieto y con serena frente.

Ya en roncos alaridos
 Celebra el triunfo la contraria gente,
 Cuando el cañon horrisono tronando,
 Las espesas falanges desordena:
 Agítase en confusos remolinos
 La destrozada hueste; pavorosos
 Caudillos y soldados se atropellan;
 Y por el plomo destructor heridos,
 Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.

En tanto los terribles moradores

Arrójanles por claros y troneras

Mil muertes y otras mil: allí, arruinando

La quebrantada, altísima techumbre,

Desquícianla; y desplómase atronando,

A impulso de su grave pesadumbre,

Allí, incendiadas vigas y sillares

De los deshechos muros arrancando,

Los impelén con ímpetu; los vientos

Braman con son horrísono apremiados;

Y los fieros guerreros á millares

Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga ni piedad: por todas partes,

A la señal belísona, furiosas

Arrójanse las tropas valerosas

Que nacer viera el Llobregat ameno⁶.

La sorpresa, el desórden, la estrechura

Redoblan el horror del trance fiero;

Combaten crudamente brazo á brazo

Guerrero con guerrero;

Saltan rotos los hierros centellantes;

La tibia sangre por do quier humea;

Cada golpe una muerte; cada acero

Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,

Qué el robusto frison, el fuerte escudo?

Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo aragonés ; burla los golpes ;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apenas á seguirle alcanza.
Hiérenle ; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvandó,
Penetra por las astas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿ Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz ? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos ;
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al comun estrago.
La desesperacion ; el asta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida ;
Y al inclemente amago
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.
¿ Cuántas allí ! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que engreidos
Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.
La triste nueva de terror sombrío
Cobija el enemigo campamento ;
Muere en los pechos el antiguo aliento,
Muere en los brazos el usado brío.
Al rayo abrasador del Can ardiente,
Allí lánguido yace el cruel guerrero ;
Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,
Los mustios ojos fijos en la tierra,
Reposo anhela el mísero soldado;
Y apareciendo á su affigida mente
De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
Dentro del pecho congojoso encierra
Hondos sollozos de furor y angustia.

Lefèvre en vano intenta
Las tropas alentar, con faz mentida
Encubriendo el dolor que le atormenta:
Recorre el campo; y su mirar incierto,
La rienda del caballo abandonada,
El tardo paso su penar anuncian;
Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
Sin dello apercebirse,
Se escapa de sus lábios un gemido.

Cayó toda esperanza: desde el monte
Descubren á los bravos combatientes,
Que vuelan al socorro apetecido
De la heroica Ciudad; la nueva hueste
El pavor de los Galos acrecienta;
Y cual banda de buitres, que se ahuyenta
Cuando brilla relámpago á lo lejos,
Anunciando el horror de la tormenta,
Así dispersos huyen; arrojando
Las mal usadas armas, y á la noche
Su salud en la fuga encomendando⁸.

Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.
; Y aun osareis luchar con los valientes
Que tantas veces con heróica planta
Vuestras altivas águilas hollaron !
; Oh, cuánto afan y destruccion y mengua
Costaros ha la bárbara osadía !
; Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento !

Aquí mi voz llegára: y las legiones
Ya con hórrido estruendo
A la Ciudad augústa se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;
Y como en su alta cima ve Moncayo
Las oscuras tormentas apiñarse,
Y al viento desafia,
Al ronco trueno y al ardiente rayo;
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veia
Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el día.
Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;
Mil y mil combatientes

Embrazan el pavés, ciñen la espada,
Y de verdes coronas
Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.

¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser: ante el Tirano,
De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,
Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
Se helará, al expirar, entre mis labios.

¿Mas quién entre los ínclitos guerreros
El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?
El es, él es: su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,
Cual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,
Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,
Al invencible Alfonso se asemeja,
Cuando le vió triunfante Zaragoza,
Rescatada por él de los infieles⁹.

Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox: la madre España
 A tí tiende sus brazos congojosa,
 Como al hijo de amor; por tí respira;
 Agítase contigo en la pelea;
 Y su dolor y angustias olvidando,
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero
 Ya en su terrible diestra centellea,
 Cual rayo en tempestad: su ademan fiero
 Es precursor del triunfo; la victoria
 Entre el marcial estruendo le acompaña.
 Miradle, sí, miradle: repitiendo
 El sacro nombre de la madre España,
 Se abalanza á las bárbaras legiones,
 Seguido de la hueste numerosa;
 Trábase la árdua lid, el bronce suena;
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
 Cercado de enemigos escuadrones,
 Hiende, rompe, destruye, desordena
 Cuanto se opone á su denuedo y brío:
 ¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío
 Con sus nacientes rayos no rompiera,
 Envuelve á los feroces combatientes,
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta
 La horrenda mortandad: caen los valientes;
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destruyense las haces inclementes.
 ¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
 Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
 Allí, y allí también; en la colina,
 En la margen del Gállego, en el puente,
 En los vecinos campos inundados
 Por la profunda, rápida corriente
 La pericia, el furor; la muchedumbre
 De la contraria hueste son en vano:
 Cede al valor el número, y el arte
 Al amor de la patria soberano.
 El furibundo Marte,
 La flamígera antorcha sacudiendo,
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,
 Sobre muertos y heridos, los caballos
 Del carro destructor; y á la venganza,
 A muerte incita con clamor horrendo.
 A la voz imperiosa,
 Renacer siente el enemigo bando
 Su bravura feroz; y se abalanza
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso
 Del sanguinario Déspota aclamando
 De horror y muerte y destruccion preñada,
 Con estruendo espantoso
 Revientan las terribles baterías;
 Yerma el inmenso llano de enemigos
 El fuego asolador; retumba el bronce
 Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo y desaparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; cual ligera niebla
Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayan; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.
En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas
Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad: en la muralla
Las banderas espléndidas ondean;
Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas
Pebeteros riquísimos humean.

Todo era salvas, júbilo, alegría,
Cuando la noche que en el negro carro
Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia:
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;
 Y el viento que á lo lejos sordamente
 Vagando por las bóvedas se oía,
 El horror augustísimo aumentaba.
 El ánimo del héroe se gozaba
 En la terrible magestad sombría,
 Cuando temblar sintió bajo su planta
 Los profundos cimientos del palacio:
 Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
 Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
 Y sobre negra nube se levanta
 La venerable Sombra
 De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
 Se vé centellear su faz divina;
 Tal como suele boreal aurora,
 Cuando en los reinos de la eterna noche
 Cielos y tierra y mares ilumina.
 Cércanle en torno insignias y trofeos;
 Cúbrelo con su manto la victoria;
 Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
 Ostenta grave su valor y gloria.
 «Ilustre nieto (dice en voz pausada);
 El placer penetró mi hondo sepulcro,
 Cuando incansable, en el ardiente estío,
 Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,
 Mayor constancia, esfuerzo y heroísmo
 Hora la patria exige: cuantos males
 Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
Para afligir los míseros mortales,
Y el cielo airado en su venganza encierra,
Van sobre tu cabeza á desplomarse
Naturaleza toda conjurada
Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
En sus profundos senos agitada,
Sacudirá con horroroso estruendo
Defensores, murallas y edificios;
Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
Con mano yerta y pálida tendiendo
El cetro asolador, en vasta huesa
La patria trocarán de los valientes,
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos espléndentes,
El nombre escrito está de Zaragoza,
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán ástros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria,
Y la tuya también: grato el destino
Correr me ha concedido ante tus ojos
El velo diamantino
Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afán; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
 Dejó impune el sufrir á los tiranos.
 Mas no feroz el Déspota del Sena
 Aherrojará sus inocentes manos,
 Ni atará al carro á la nacion que un dia
 Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
 Así plugo á los hados: Zaragoza
 Caerá en expiacion; y de sus ruinas
 Se alzará sobre el trono refulgente
 La libertad de la española gente.
 Claro honor de mi estirpe, tú el primero
 Arrostrando impertérrito la muerte,
 Debes abrir á la Ciudad augusta
 El ínclito sendero
 De la inmortalidad: jamás cobarde
 Tender el cuello á la cadena insana!
 Jamás besar la mano enrojecida
 Con la inocente sangre castellana!
 Jamás! sí; yo lo juro.... arrebatado
 Clamó así Palafox: la helada planta
 Abrazó de la Sombra, arrodillado;
 Y al estallido súbito de un trueno,
 Se disipó el Espectro, como el humo,
 Al querer estrecharle contra el seno.
 El héroe se inclinó: su pecho fuerte
 Sintió oprimido de respeto santo
 Y entorpecer sus agitados miembros
 El terror silencioso de la muerte.

En éxtasis profundo sumergido,
 No levantó la faz hasta que el día,
 Con pálidos fulgores asomando,
 Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso
 Su rostro por los montes descubria,
 Cuando el cándido lino tremolando,
 De la pérvida hueste un mensajero
 Se acerca á la Ciudad: posa en sus lábios
 Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
 Y mal oculta entre la verde oliva
 La ominosa cadena se descubre.¹²

«¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
 Guerra á la usurpacion: muramos todos,
 Muramos, sí, vengados;
 Antes que vernos á las torpes plantas
 De bárbaros verdugos,
 Sin libertad, sin patria, arrodillados.
 Así gritó la inmensa muchedumbre:
 Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,
 Guerra! sonaron los profundos valles,
 Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.
 ¿Visteis tal vez en el hercúleo estrecho
 Chocarse dos corrientes encontradas,
 Por los opuestos vientos impelidas?
 Mayor era el fragor: mayor estruendo
 La Ciudad augustísima asordaba,
 Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrisona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento⁴⁵.
 ¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados⁴⁶.
 ¿Quién domó su altivez, ó quien refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones, sostenidos
En endeble cimientó
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonáran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
 ¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;

¡Ay! que ya derruidos
 Los vacilantes muros, cae deshecha
 La alzada torre, que á la hueste fiera
 Terror y espanto fuera¹⁵.
 ¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancha divina¹⁶;
 Honor y prez de Iberia, tú cercada
 De la atroz muerte y la espantosa ruina!
 Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?
 ¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
 Montes de escombros la preñada bomba,
 Y con horror la tierra
 Hace tremer bajo tu débil planta?
 Sálvate, por piedad; que no tan bella
 Formó natura tu graciosa mano
 Para inflamar con ella
 El horrendo cañon; ni pudo insano
 Las Furias hospedar el blanco pecho,
 Para las Gracias hecho.
 No mas lucha, no mas: el vasto mundo
 Lleno está de tu nombre y de tu fama;
 Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
 Lidiar te mira, y ya en el occidente
 Apenas luce su apagada llama.
 Llega la noche: Vénus tras las huellas
 Del fugitivo sol desaparece;
 Y en los opacos cielos resplandece
 El trémulo fulgor de las estrellas.
 A su confusa luz, de la trinchera

Vese salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿Quién el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.

Así débil bajel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado:
La mar en vano con furor impío
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma bajan y en rocío.

¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la tiniebla oscura,
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada cual es un dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí; muy mas que todos
Impávida, animosa,
La inmortal heroína,
De heridos y cadáveres cercada,

La fuerte diestra intrépida fulmina.

Salve, divina Sancha: amor sublime

De patria y libertad, tu dulce mágia,

Tu imperio soberano

Bendiga eternamente el lábio humano.

¡ Bendita, oh libertad! ¡ Bendito seas,

Almo don de los cielos! Tú solamente

El brazo castellano,

Con los hierros de esclavo enflaquecido,

Alzáras contra el bárbaro Tirano;

A tí España sus triunfos, á tí debe

Sus lauros Zaragoza....; Ay, qué trocada

De la que fuera un día,

En sempiterno duelo sepultada,

Resiste al hado; y de la adversa suerte

La implacable sentencia desafía!

Llegó el plazo cruel: el negro trono,

Sobre pálidos huesos asentado,

Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,

Blandiendo con el brazo descarnado

La terrible segur, corre y asuela;

Y el contagio letal los puros aires

Inficiona con soplo envenenado.

Los tristes habitantes en sus venas

Sienten la sangre arder, y ponzoñosa

Hinchar los flacos miembros denegridos;

Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,

Y los cárdenos lábios encendidos.

No fuera mas terrible el diente agudo
De víbora traidora, cuando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.

Así la vírgen yace, así el anciano,
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;
Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.
La hermana del hermano
Bebe el hálito infesto, y al sèpulcro
Abrazados descenden; tierna madre
Del hijo al expirar la ardiente mano
Oprime contra el pecho:
Y ¡oh triste! el mismo lecho,
La tumba misma unidos los recibe¹⁷.

Luto do quier y muerte: el hambre excava
Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
Los amarillos miembros agitando,
Lenta carcome el misero cimiento
De la angustiada vida;
Y en eterno tormento
A los invictos héroes aquejando,
Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
¿Dó los arcos de flores, las columnas,
Los altos monumentos?
¿Dó el bélico clamor de los valientes?
Lánguidos, macilentos,
Rastrando van por las desiertas calles

Los exánimes cuerpos, sostenidos
 En la robusta lanza; triste llanto,
 Mortal silencio, lúgubres gemidos
 Suceden ¡ay! al armonioso canto;
 Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
 Vense solamente huesas y sepulcros.

Blanda la tierra os sea,
 Héroe de bendición; siempre sereno,
 No el cielo turbe vuestra quieta tumba
 Con rayo abrasador ni ronco trueno.
 Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
 Concavidades gima congojoso;
 Y al correr por el pié de los sepulcros,
 Béselos respetoso,
 El bramido acallando de sus ondas.

¡Una, mil y mil veces bienhadados
 Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
 Fijar pudisteis en la libre patria!
 No la vereis arder; ni destruida
 Buscar entre sus ruinas los despojos
 El Vándalo feroz; ni ensangrentados
 Los santos templos; y la tierna esposa
 Al triunfal carro y los queridos hijos,
 Y los ancianos padres amarrados.

Tan aciago momento
 Natura entristecida
 Presagió con agüeros pavorosos:
 La faz mostrando en sangre enrojecida,

El sol se oculta, y las opuestas nubes
 Tiñe con mil celages horrorosos;
 De pálida corona circuida,
 La luna brilla apenas, y se pierde
 En medio de los cielos tenebrosos;
 Y es comun voz que por los aires vagan
 Pálidas luces, que en la triste noche
 Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
 Y á los mortales siguen,
 Si huyen con pié medroso; y raudas vuelan,
 Si con osada planta las persiguen ¹⁸.

De tan tristes auspicios amagada,
 Ve impávida acercarse el fin tremendo
 La heroica Zaragoza: derruidos
 El mal trabado muro y torreones,
 En pálidos espectros convertidos
 Los fieros campeones;
 ¿Qué valladar enfrenará el impulso
 De las fieras falanges enemigas?
 Cobardes, sí, cobardes,
 Ni medir osan el traidor acero
 Con el débil guerrero
 Que apenas mueve el paso mal seguro,
 Ni penetrar por el deshecho muro;
 Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osarán
 Señores proclamarse de la tierra,
 Las célebres legiones ¹⁹
 Que desde el Niló al Báltico llevarán

La asolación y espanto de la guerra,
 Los ínclitos caudillos cuya fama
 Temblar hiciera tronos y naciones²⁰,
 No asaltar osan las augustas ruinas
 De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo
 Contrasta invicta cuantas crudas plagas
 Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.

¡ Eterna maldición al primer hombre
 Que al arte diera y la cobarde astucia
 Lo que al valor y esfuerzo fué negado!
 Nunca, nunca naciera; y victoriosa
 Aun nos mostrára su divina frente
 La noble Zaragoza.

¡ Ay mísera! ; cuál arde! ; cuál incendian
 Mil y mil bombas los dorados techos²¹!
 Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
 Y alcázares y templos y edificios
 Desplómanse deshechos.
 Sopla sañudo el Abrego, y derrama
 El fuego asolador; entre humo y polvo
 Sube ondeando la sonante llama;
 Las nubes rompe con radiantes sulcos,
 Y el negro cielo con su lumbre inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece
 La abrasada Ciudad, cual una hoguera;
 Y el horror aumentando el sacro rito,
 En su móvil espalda reverbera
 El trémulo fulgor, y arder parece.

¿Porqué le fuera dado al hombre insano,
Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion cuánto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿Porqué, buen Dios, bajo su torpe mano
Natura esclavizada
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrisonas revientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la explosion tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes

Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos: busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre

Ve hundirse para siempre
 Las prendas de su amor en el profundo.
 ¿La constancia, el furor, el heroísmo
 Serán de algun valer? Otra vez y otra
 El horroroso abismo
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
 ¿A dónde, á dónde huir? Bajo la planta
 Resuenan roncós truenos;
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo
 Por medio de la tierra dividida
 Muestra la eternidad sus hondos senos.
 ¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
 Del profundo cimiento, se estremece
 De polo á polo la Ciudad divina;
 Y vacila, y desplómase, y su ruina
 De espanto cubre á las legiones fieras²².

Así en tremendo día
 Bramó el hórrido viento furibundo;
 El eterno equilibrio
 Perdió la tierra en la region vacía;
 La mar inundó el mundo;
 La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
 Pavorosos los vientos se aplacaron,
 Y los mares sus aguas enfrenaron.
 Fué Zaragoza, fueron sus valientes,
 Su esplendor fué; su célebre renombre
 Resta tan solo... ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
 Sube la humilde voz del débil hombre,

Acoge mi plegaria bondadoso:
Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper ni el venerando suelo
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goce, antes de morir, en negra noche,
Solo de algun relámpago alumbrada,
Visitar sus escombros respetoso:
Allí posará el alma; dulce llanto
Descargará mi pecho comprimido;
Y en las opacas ruinas escondido
El pavoroso buho
Me adulará con su agorero canto.
Allí sumido, entre el horror y espanto,
En meditar profundo,
Recorreré los siglos, la caída
De cuanto ufano presentára el mundo:
¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo ibero
Dió dulce libertad en santas leyes?
¿La que ostentaba en su palacio augusto
Tantos despojos de vencidos reyes?
¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
El hervir de la gente, el ronco estruendo
Del parche temblador? ¿Cómo no truena
El horrisono bronce sobre el muro?
Largas calles por tierra derribadas,
Lúgubre soledad, mustio desierto,
Ruinas ensangrentadas
La vista anublan, y el cabello erizan.

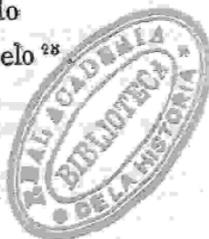
¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero
 Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
 Al ímpetu feroz de su venganza?
 ¿Quién?... Torna, Palafox, torna á la vida,
 Caudillo triunfador; vibra el acero;
 Blande la dura lanza;
 Acomete, destruye
 Cien legiones y ciento;
 Acorre al patrio suelo, que oprimido
 En bárbaro tormento,
 Contra el yugo inhumano
 Implora tu favor, y clama en vano.

En vano, triste patria; que luchando
 Entre los yertos brazos de la muerte
 Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,
 Respira apenas tu adalid valiente²⁵.
 En su lívida frente
 Impreso está el furor; hierve su pecho;
 Y con mortales ánsias apoyado
 En la débil siniestra,
 Asir intenta la invencible espada
 Que al lado pende del aciago lecho.

¿Á qué aguardais, ó Vándalos? Heridos,
 Moribundos, cadáveres, escombros,
 ¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...
 Entraron.. ¡ay!.. entraron los verdugos...²⁶

No mas: perdona, oh Musa; no me es dado
 El canto proseguir de horror y muerte;

Triste el laud resuena destemplado,
Al pulsarle mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos,
Que unidos á mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Bajo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastára solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo²⁸



NOTAS

1. El primer sitio de Zaragoza duró desde el día 18 del mes de junio del año de 1808 hasta el 14 de agosto.
2. Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.
3. La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el día 13 de junio: tropas sin vestir ni disciplinar pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.
4. En el mes de julio dieron los Franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.
5. El día 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los generales Verdier y Lefèvre.
6. Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.
7. Los enemigos levantaron el sitio, al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.
8. Los Franceses huyeron en la noche del 11 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.
9. El Rey don Alonso I.º de Aragon conquistó á Zaragoza de los moros, despues de un obstinado sitio y de una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.
10. La acción del 21 de diciembre (día en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fué de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial contenido en las Gacetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripción topográfica del terreno.
11. D. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.
12. El día 23 de diciembre de 1808 intimó el mariscal Monecy la rendicion á Zaragoza.
13. El mismo día contestó Palafox en una carta llena de valor y patriotismo.
14. Hubo varias acciones, entre las cuales se debe distinguir la del 25 de diciembre, mandada por el general Oncil, y la de caballería, de 31 del mismo, mandada por el brigadier Butron, contra la brigada mandada por el general Girard.
15. El fuerte de san José que hizo una defensa heroica, y fué evacuado por nuestras tropas cuando ya estaba demolido.
16. Manuela Sancha, natural de Plenas en la Serrania, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.
17. Son increíbles los horrores del contagio que affligió á Zaragoza; los Franceses confiesan en sus boletines que hallaron trece mil enfermos en los hospitales, y que morian quinientas personas diarias.
18. Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

19. Comparando todos los documentos, se puede calcular que el ejército enemigo ascendía á treinta mil hombres.

20. Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre general de ingenieros Lacoste (que murió de un balazo el 1.º de febrero.) Suchet, Laval Girard, Gazan, Dédon-ainé, etc.

21. Dédon-ainé, general de artillería, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma en el sitio de Zaragoza; y en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

22. Viendo los Franceses que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; pero aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las Gacetas de Madrid de aquella época.

23. Cuando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

24. El dia 19 de febrero de 1809 capituló Zaragoza, y el 21 entraron los franceses en la ciudad arruinada.

25. El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las Gacetas publicadas en esta Ciudad, las de nuestro Gobierno y los mejores periódicos de la península, las relaciones dadas por los enemigos en las Gacetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente el Boletín 35.º del ejército grande de España, el *Journal du soir* de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, etc.

INDICE.

POESIAS.

PARTE PRIMERA.

<i>El Recuerdo de la patria.</i>	Pág.	1
<i>La Espigadera.</i>		3
<i>La Niña descolorida.</i>		5
<i>La Barquera.</i>		7
<i>La Victoria de Salamanca.</i>		8
<i>Las Burlas de Amor.</i>		9
<i>Anacreóntica.</i>		10
<i>La Aparicion de Venus.</i>		11
<i>El Propósito de un amante.</i>		12
<i>Anacreóntica.</i>		13
<i>El Sátiro.</i>		14
<i>Las Guerras de Amor.</i>		15
<i>El Amor en venta.</i>		19
<i>Admonicion á un poeta novel contra la tentacion de escribir sátiras.</i>		20
<i>Los Juegos del Amor.</i>		25
<i>Himno á Baco.</i>		26
<i>Poco Peso!!!</i>		30
<i>Erótica.</i>		31
<i>El Amor y la mariposa.</i>		32
<i>Los Besos.</i>		33
<i>Los Votos de un amante.</i>		34
<i>La Alhambra.</i>		35
<i>Cancion báquica.</i>		36
<i>El Amor cautivo.</i>		40
<i>El Triunfo.</i>		42
<i>El Cementerio de Momo. Epitafios.</i>		43
<i>Himno epitalámico.</i>		50
<i>Anacreóntica.</i>		52
<i>La Luna.</i>		53
<i>Las Aves.—El Nido.</i>		55
<i>—El Pichon mensajero.</i>		56
<i>—La Golondrina.</i>		58
<i>—El Jilguero.</i>		59

INDICE.

—La Perdiz.	60
Anacréontica.	61
Enigma.	62
Vénus y los Amores.—El nacimiento de Vénus.	63
—El sueño del Amor.	65
—El Despique de Vénus.	<i>id.</i>
—El Amor y la sensitiva.	67
—El Castigo del Amor.	68
—El Nido de los Amores.	69
—La Mansion del Amor.	71
—La Muerte de Adónis.	73
La Boda de Portici.	76
Cancion del Cautivo.	84

PARTE SEGUNDA.

La Soledad.	87
El Arbol de la esperanza.	89
El Reloj de arena.	90
La Muerte.	92
Al Sueño.	93
Mis penas.	94
Inscripcion para el sepulcro de un emigrado.	95
La madre desventurada.	<i>id.</i>
Cancion guerrera con motivo del levantamiento de los Griegos.	97
Discurso moral sobre los límites de la razon humana.	101
Fantasia nocturna.	106
La Tormenta.	108
Himno sacro.	110
Discurso moral sobre la paz del ánimo.	113
El Huérfano.	117
El sepulcro de Hindelbank.	119
Epistola al duque de Frias en la muerte de su esposa.	124
Discurso moral sobre la templanza de los deseos.	131
La Vuelta á la patria.	136
Fragmentos de un poema.	141
Zaragoza. Poema.	199

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
22	27	incumba	íncuba
48	3	difuto	difunto
81	17	veloces:	veloces
94	19	Ya	Yo
197	18	trono	torno
197	23	semitivos.	semivivos

naciones mas cultas de Europa, habia revivido el amor á las letras, desenterrando monumentos antiguos y contemplando con ciertos visos de adoracion los modelos de Grecia y de Roma. Así es que en las composiciones graves de aquella época se nota el prurito de ostentar erudicion, de zurcir retazos de historia, de amontonar alusiones á la mitología y á la fábula: en tanto que otros poetas, de menos saber y doctrina, lucian el propio ingenio en composiciones amorosas, llenas de agudezas y conceptos, de melindres y juegos pueriles, no poco semejantes á los que en tiempos posteriores afearon las gracias de nuestra poesía.

Con la mayor civilizacion y cultura, con el vuelo que dieron á la nacion sus descubrimientos y victorias, y sobre todo con el trato continuo entre España é Italia, adquirió nuestra literatura aquel sabor de antigüedad, aquel *gusto clásico* que la distinguió en el siglo décimo sexto, y que se echa de ver generalmente desde Boscan y Garcilaso hasta Fr. Luis de Leon y entrambos Argensolas. De donde provinieron, á mi entender, muchas de las excelentes dotes que esmaltan las composiciones de aquella época, pudiéndose comparar algunas de ellas con los modelos de la antigüedad; al paso que la misma causa perjudicó no poco, en mi dictámen, á la originalidad y valentía que hubiera desplegado la poesia castellana, si no hubiese tenido tanto empeño de mostrarse fiel imitadora.

Conociéronlo así, tal vez por instinto, algunos hombres de clarísimo ingenio, que florecieron en el siglo siguiente: tales como un Lope de Vega, un Góngora, un Quevedo; y queriendo abrir nuevo camino, corrieron desatentadamente, sin reparar en precipicios y derrumbaderos, confiados en salvarlos con sus fuerzas y arrojo. Ni aun así lo lograron; antes bien deslustraron malamente las raras prendas que

realzaban su mérito; pero así que se agolpó tras ellos una turba de poetas de menos valer, se acreció su osadía al par que su flaqueza, y teniendo á mengua someterse á las reglas del arte, no hubo linage de estravagancia ni de absurdo en que no incurriesen, hasta que la poesía y la lengua expiraron entre sus manos.

En los poetas españoles del siglo décimo séptimo se vé, si no me engaño, un ejemplar patente de los estravíos á que conduce el ciego anhelo de la novedad, el menosprecio de los buenos modelos, el ánsia de rebuscar conceptos peregrinos y expresiones aventuradas, por no parecer escritores vulgares. Y cuando se advierte en nuestros dias la misma tendencia, aun en las naciones mas adelantadas, no me ha parecido inoportuno señalar este riesgo, y con tanta mas razon quanto la nueva escuela literaria cuenta como patronos autores de mucha nombradía, y deslumbra con el brillo de sus doctrinas y de sus obras.

En buen hora que no se canse al público con églogas imitadas de Teócrito ó de Virgilio, despues de tantas copias como se han hecho de aquellos bellisimos originales: convingo de buen grado en que puede componerse una Epepeya de gran mérito, perfecta si se quiere, sin haber menester que se asemeje á la *Iliada* ni á la *Eneida*; mas cuenta con llevar tan al cabo este sistema que se concluya por mirar con cierta esquivéz y desdeño las obras maestras de la antigüedad, que serán bellas, admirables, mientras exista el mundo. ¿Cuándo envejecerán, á pesar del trascurso del tiempo y de los antojos de la moda, las lindas composiciones de Anacreonte, las geórgicas de Virgilio, las elegías de Tibulo?... Yo de mí sé decir que me encanto con las obras de tales maestros y con las composiciones clásicas de nuestros antiguos poetas; y que no temeré aconsejar respecto de

EL TRIUNFO.

El placer que rebose en mi alma,
Zagalas del Dauro, festivas cantad:
El Amor ha dejado los cielos,
Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.
¿Qué ventura en la tierra hay que iguale
Al sumo contento que ofrece el amor?
Los sentidos, el alma y potencias
A tanta delicia bastantes no son.
En el bosque de nardos y rosas
Al fin de mi amada vencí la esquivéz:
Tuya soy, pronunciaron sus lábios;
Y al punto en sus lábios su aliento espiré.
Blando lecho brindaron las flores;
La tórtola amante mas tierna gimió;
Y las ramas de un sauce inclinando,
El hurto dichoso cobija el pudor.



EL CEMENTERIO DE MOMO.

EPITAFIOS.

Yace aquí un mal matrimonio,
 Dos cuñadas, suegra y yerno...
 No falta sino el demonio
 Para estar junto el infierno.

¡En sepulcro de escribano
 Una estatua de la Fé!
 No la pusieron en vano;
 Que afirma lo que no vé.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,
 Y aun no está el hombre enterrado?
 Este sí que era letrado!

Yace aquí Blas.... y se alegra
 Por no vivir con su suegra.

Agua destila la piedra,
 Agua está brotando el suelo....
 ¿Yace aquí algun aguador?—
 No señor : un tabernero.